

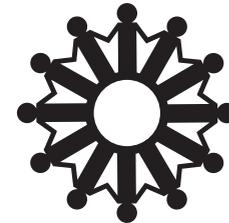
# *MANIFIESTO DE LOS POBRES*

Francisco Van der Hoff Boersma

Francisco Van der Hoff Boersma

# Manifiesto De los Pobres

*Las Soluciones Vienen Desde Abajo*



Edición privada de la Unión de Comunidades Indígenas  
de la Región del Istmo.

## Índice

7.....	<i>Prólogo del editor francés</i>
II.....	<i>Introducción</i>
17.....	<i>Parte I. El Estado De Crisis Permanente</i>
37.....	<i>Parte II. La Mundialización Desde Abajo</i>
57.....	<i>Parte III. Otro Mundo Es Posible</i>
75.....	<i>Conclusión</i>

*Manifiesto de los pobres, las soluciones vienen desde abajo*

Traducido del francés por: Ma. Odette Nicole Mercier Cléroux

Edición en francés:

Francisco Van der Hoff, *Manifeste Des Pauvres, Les Solutions Viennent D'en Bas*. Encre d'Orient, 2010

© Francisco Van der Hoff Boersma

Edición privada de la Unión de Comunidades Indígenas de la Región del Istmo, 2011, Cd. Ixtepec, Oax.

Diseño de la edición en español: Patricia Luna

Diseño editorial y portada: Gisela Álvarez

## *Prólogo del editor francés*

Son pocas las personas que logran impresionar a un reportero. El padre Francisco Van der Hoff logró hacerlo. Es una verdadera leyenda. Jean-Pierre Blanc también es todo un personaje. Él me llevó a mi primer encuentro con este religioso holandés, sacerdote obrero radicado en México desde hace 25 años.

En cuanto a Jean-Pierre, dirige una empresa de café. No necesita ni música folklórica, ni trompetas, ni siquiera sombreros, para vender su café. Le es suficiente, y por mucho, su compromiso. La calidad de sus productos es el sello de su empresa.

Hay grandes historias de hombres que **se viven** donde los lleva el camino. En otros tiempos, compartí con él algunas de estas historias: en Etiopía, en Haití, en México. Pero también da la batalla en São Tomé, Cuba, Nicaragua...

¿Su vocación? ¿Su razón de ser? Ir al encuentro de los pequeños productores, estos presidiarios, quienes con los bultos al hombro, recorren los caminos del trópico para completar el mes.

Viajero incansable, Blanc está allí, siempre allí, entre hamaca y clase de ecología. No es para nada el típico hombre de negocios. Sencillo, modesto, entreteje continuamente

lazos entre esos hombres de países perdidos y millones de trabajadores quienes, en la mañana, saborean un cafecito negro sentaditos en una mesa. Su encuentro con Francisco Van der Hoff, a quien le dice Francisco o “el padre”, remonta a algunos lustros. ¡Choque entre dos mundos! Así como los dos hombres se han bronqueado más de una vez, así se aprecian el uno al otro. El primero comanda una gran empresa; el otro defiende y exalta sin restricciones su teoría del desarrollo justo.

Basta con haberlos visto a los dos, en el Valle de San José, al sur de México, charlando, enfadándose, carcajeándose, para entender lo profundo de su amistad. Tuve la suerte de compartir grandes momentos con ellos, itomando café!

Entre los dos resumen: si bien hay comercio justo, también hay desarrollo justo. ¿Son estos dos movimientos alternativos? Antes así era, cuando se les consideraba aspiraciones utópicas de izquierdistas... De ahora en adelante esta división es sencillamente la consecuencia de la teoría de Van der Hoff sobre el reflejo de compra de los consumidores vueltos a ser ciudadanos.

¡Tuvo que pasar mucho tiempo para que esta noble idea recorriera las mentes!

Francisco pasa mucho tiempo al lado de estos hombres rudos, campesinos con las uñas llenas de tierra. Lejos de Thomas More, su sistema funciona: retribuye algunos dólares más a miles de familias en todo el mundo.

Este holandés cartesiano moldeó esta historia lentamente y con convicción, una convicción íntima.

Si le he sugerido a Francisco que escribiera este Manifiesto, es porque había visto que su pensamiento no dejaba de realizarse en el terreno. ¡Lejos de los sindicatos! ¡Lejos de los partidos políticos! ¡Con toda libertad! Con plena consciencia!

En un estilo personal, que surgió de su larga y profunda experiencia humana y de religioso, logró conjugar lo tradicional con lo sagrado, lo sagrado con lo cotidiano, lo cotidiano con lo perenne. Con él, lo sagrado no pasa sólo por una *Pieta*: surge permanentemente de una comunión entre la gente y de la solidaridad con las familias.

Francisco no deja de analizar, a lo largo de las páginas, el sin sentido de nuestra sociedad deshumanizada por las leyes de los mercados. Elabora un modelo que escapa a la recesión y que se muestra más eficaz frente a las crisis que el asistencialismo del estado providencia. Su modelo es todo menos teórico. Funciona desde hace casi treinta años.

Este manifiesto recuerda los grandes momentos de los revolucionarios de América Latina. Por eso me gusta llamarlo en secreto “el pequeño libro amarillo”. Amarillo como el sol, amarillo como los girasoles, amarillo de las espigas maduras, amarillo, el color agrícola por excelencia; color posición, color compartido entre las estridencias del tono de este texto y los centelleos de las ideas que lleva.

Es un manifiesto que le da al padre Francisco Van der Hoff la oportunidad de dirigirse a los ciudadanos, pero también a los dirigentes, políticos o económicos, y porque no de acceder a los escalones del Nobel.

Érick Bonnier

## *Introducción*

### *Los pobres de frente a la crisis*

**H**ace más de treinta años que trabajo como sacerdote obrero en la montaña, en el norte del Istmo de Tehuantepec, sur de México, con los pueblos zapotecas, mixes, chatinos y chontales. Así como mis amigos y colegas campesinos indígenas, apenas gano lo suficiente para pagar mi alimento diario. En medio de estos agricultores, quienes cultivan café, maíz, frijol y fruta, me doy cuenta hasta donde estos pueblos viven en un estado de crisis permanente y estructural. Sus ingresos apenas llegan a tres dólares por día.

Muchos me preguntan de qué manera la crisis afecta la vida de los indígenas, pero me veo obligado a constatar que la crisis es prácticamente una costumbre en la Sierra. En este contexto viven o más bien sobreviven desde hace siglos. No se dejan aplastar. Están buscando constantemente nuevas formas de salir y seguir adelante. El modo de vida se inspira de la sabiduría ancestral de los campesinos que consiste en amar la vida, en resistir y en no perder las esperanzas. La exclusión que se vive, la explotación, las humillaciones que sufren, no producen en ellos desesperanza sino la esperanza de una vida digna, la expectativa de una respuesta. No es la promesa de una lucha, de una revolución, sino un pensamiento positivo,

creativo, que no tiene nada que ver con el moralismo de un humanismo débil. Para los indígenas, la solidaridad es la expresión de la esencia social del hombre en sí. No se adiciona a la individualidad.

De las ciencias puras, racionales, no esperan mucho. No soy romántico. La vida en el campo es dura, muy dura. A pesar de haber obtenido varios doctorados en ciencia, aprendí mucho de su sentido común y de su experiencia: explorar nuevos caminos, protestar y a la vez proponer. Ha llegado el momento de poner el ser humano y todo lo vivo, como referencias originales y últimas. Es el objetivo de este manifiesto: esperanza de todos los que resisten a la demolición de la vitalidad y a los caminos de la muerte. Soy ferviente partidario de la creación de un espacio de pensamiento y análisis basado en las prácticas ancestrales de los agricultores y campesinos para recobrar el espacio colectivo y social común. Creo que otra organización social es posible porque el capitalismo no es más que la organización sistemática y legal de las injusticias, desigualdades y exclusiones, porque las democracias existentes son ficticias. Son simulacros que sirven intereses particulares y privados. Sólo los que tienen la facultad de sobrevivencia se las arreglan, nunca los más vulnerables.

Es a partir de esta capacidad de sobrevivir, elemento fundamental, que nació hace algunos años la idea de una economía social solidaria. Se trata de un mercado en el cual los campesinos pueden sacar provecho de los productos que cultivan sin ser explotados, participar al mejoramiento de su medio ambiente, mejorar las condiciones de vida de sus familias, y sobre todo, organizarse en cooperativas de producción para que los esfuerzos y medios sean mutuos. De ahí surgió el restablecimiento de la agricultura orgánica:

apoyándonos en nuestra propia cooperativa de préstamo y crédito y en la creación de redes de comercio justo.

No se trata sólo de introducir en el mundo del mercado una dimensión social. Es ante todo otra visión. Hace que todos sobrevivan en nuestro planeta, con la condición que se reconozcan previamente las diferencias y que se instauren reglas que controlen la violencia de la economía y del mercado. Son las bases indispensables para que mejore la sobrevivencia de las comunidades indígenas. Por eso, no hicimos un llamado a fondos extranjeros para desarrollar nuestros proyectos. Sólo recurrimos a nuestras propias fuerzas y a nuestros propios medios, tiempo, trabajo y sudor. De la misma manera declinamos la caridad, sobre todo la que viene desde arriba, de los ricos. La caridad en tanto ayuda a los pobres y miserables del mundo es como un medicamento que se les aplica después de haberlos sometido a violencia y exclusión.

No creo en milagros y menos aún en promesas. Por eso hemos iniciado nuestras propias vías de mejoramiento, autosuficiencia, seguridad alimenticia y responsabilidad con respecto a las tierras que recibimos de nuestros antepasados. Nos ha permitido crear una empresa social eficaz, al aportar un real valor agregado a nuestros productos agrícolas y al comercializarlos en su región de producción, exportando sólo nuestros excedentes a precio más elevado que el precio del mercado. Esto nos permite mantener nuestras costumbres, nuestra cultura y nuestra vida social. También podemos resistir a la amenaza del individualismo occidental.

Más allá de estas comunidades indígenas de México, en donde empezó toda esta aventura, el comercio justo ha tomado una dimensión mundial que nadie hubiera sospechado en un principio. En cincuenta y seis países del sur –entre los cuales por supuesto está México- se creó este mercado basado en

una economía diferente al sistema ultraliberal, y funciona. Con él más de un millón de productores se han beneficiado. Y en veintidós países del norte, estructuras provenientes del comercio justo distribuyen estos productos. Es uno de los pocos sistemas económicos que funciona sin crear exclusión y permite a los pobres pasar de las filas de los excluidos a las filas de los actores de una economía que no busca dañarlos sistemáticamente.

Con esta experiencia, tengo una convicción: podemos cambiar el sistema dominante a escala planetaria. Más aún, la crisis que conocemos desde los últimos dos años hace que sea urgente hacerlo. ¿Cómo va a suceder? No lo sé, pero sucederá. La presión sube desde abajo, desde los desfavorecidos y abandonados por el sistema actual. Los más pobres lo cuestionan cada vez más. Quieren que los cambios sucedan y sucedan ya. Esto es el sentido de la historia. El capitalismo está lejos de ser consustancial de la humanidad. En efecto, el capitalismo existe desde hace apenas doscientos años y pudimos constatar sin lugar a dudas que sus propias contradicciones contienen los gérmenes de su ineludible evolución.

El comercio justo es uno de los medios. Actúa sobre el capitalismo como una especie de catalizador, de regulador. No busquemos otra solución impuesta desde arriba por élites supuestamente ilustradas. La respuesta existe, reside en el hombre, en su propia capacidad de resistir, organizarse y luchar. Los más pobres no piden nada, llevan en sí las soluciones al capitalismo viciado desde dentro y moribundo. El mundo globalizado que se nos vende a diario sólo es mito. Los nuevos muros que erigen los países occidentales dondequiera para separar universos diferentes evidencian esta mentira. Creo firmemente que los pobres organizados pueden eliminar estas barreras y muros de exclusión y proponer nuevos caminos

para que vivamos mejor juntos. No podemos crear un paraíso en la tierra, tampoco lo haremos, pero ¿no resulta mejor soñar despierto que aceptar la explotación en la oscuridad?

## I. El Estado De Crisis Permanente

### *Un capitalismo cataclísmico*

◆ Qué no hemos escuchado, leído o escrito sobre la crisis? Los más grandes economistas, historiadores, ensayistas y claro los políticos versaron sus palabras sobre la mundialización dura, los próximos “11 de septiembre” que desafortunadamente nos promete la globalización a marcha forzada. Ésta es sin embargo el estadio último de la muerte de las culturas. La crisis financiera ha demostrado la profunda inestabilidad intrínseca del modelo económico occidental, y sobre todo del neoliberalismo raído. La prueba está hecha y bien hecha: hay que explorar otras pistas, ¿pero cuáles? Pocas voces se alzan para proponer alternativas concretas.

Debemos tomar conciencia: son los progresos sin límites hacia un crecimiento sostenido y la economía mundial corriendo hacia una utopía que nos condujeron a la situación que conocemos. La crisis ahí está. Siembra una ira que se nutre del doble sentimiento de impotencia e injusticia. Pero la crisis no es sólo crisis financiera, tampoco de mercado, o de la mala distribución recurrente de las riquezas. También es mucho más que un ajuste técnico de la economía liberal desenfrenada. Mientras aumenta la compasión por las víctimas –que conforman más de la mitad de la humanidad o del planeta entero- no existe una visión audaz que dé pistas

para una solución más profunda. Las inyecciones masivas de capitales (¡con el dinero de los ciudadanos de los países del norte!), las mediditas de todo tipo, no sólo son insuficientes, no curan las enfermedades del sistema en absoluto. La crisis exige que nos formulemos nuevas preguntas, nos impone dejar a un lado los principios a los cuales estábamos acostumbrados. Nos obliga a un cuestionamiento profundo y necesario. En esto vivimos seguramente tiempos difíciles, pero excitantes y prometedores. ‘La crisis consiste precisamente en que muere lo viejo y que pueda nacer lo nuevo...’, como decía Gramsci.

En efecto, es cada vez más claro que las principales causas del malestar de la modernidad son el individualismo, la racionalidad instrumentada y la burocracia auto-centrada. No obstante, el hombre es por esencia y desde siempre un ser social y político. Entre las correcciones de fondo susceptibles de responder mejor a las necesidades de la sociedad, sólo un verdadero liberalismo comunitario o un comunitarismo liberal podría contar con mi anuencia. Desde mi punto de vista esto es indispensable para saber hacia donde vamos. Tenemos la responsabilidad de desarrollar una economía social-solidaria. Soy hombre de esperanza, convencido que un mundo diferente, mejor, es posible. Pero existe cierto número de mitos, de mentiras económicas y políticas que debemos primero contrarrestar, deconstruir, antes de proyectar nuevas perspectivas. Las políticas de avestruz no se justifican. La mecánica de la racionalidad por sí sola no nos ayuda a sacar la cabeza de la arena. Por eso considero que más vale proclamar el fin del pensamiento único del liberalismo tal cual. “La caída de Wall Street es para los defensores del mercado liberal lo que fue la caída del muro de Berlín para el comunismo” declaró recientemente Miguel d’Escoto, presidente de la Asamblea general de la ONU, siguiendo en eso a

Joseph Stiglitz: “La herencia de esta crisis tendrá por efecto una lucha global de ideas y de sueños por aprehender lo que podría ser mejor para la humanidad y la tierra entera.” El primer desafío de la crisis no es cómo arreglarla. Es más bien un cuestionamiento profundo y la reconsideración de nuestras maneras tradicionales de ver las cosas. Estos últimos años, se ha culpado de todo a los bancos, se les ha atribuido el origen de todos los males del planeta. Pero en realidad fueron útiles y a su vez chivos expiatorios que el sistema utilizó de manera oportuna para que se evitara un cuestionamiento global., ya que los bancos hicieron lo que tenían que hacer: ganar más. No es avaricia, es obedecer las reglas de la fe capitalista, en especial la de crecer para sobrevivir. La concentración de los bancos y de las empresas es verdaderamente peligrosa. Están estrechamente relacionados y se entrelazan entre sí, mucho más de lo necesario. Ya lo vimos, el quebranto de uno lleva al quebranto de los demás.

Es en el sector del inmueble y de la vivienda que la crisis se mostró por primera vez en público. Un pequeño banco volvió a vender un riesgo a otro banco más grande y así sucesivamente hasta llegar a Merrill Lynch, AIG y Lehman Brothers. Pero cuando el sistema se dio cuenta de que los compradores no podían pagar, ya era demasiado tarde y todo el edificio se derrumbó. Sin embargo era previsible. Se sabía que esto iba a suceder. Hubiera bastado con una ley que impusiera un precio máximo para una casa o que autorizara un endeudamiento máximo. El problema es que en este sector como en otros, nadie controla los precios, nadie regula la demanda y la oferta sino son las ganas de especular. Es el problema de mercado: no hay barandal .

Ahora bien, ya que tenemos gobiernos plutocráticos, sus intereses se mezclan con los de las grandes empresas. Por eso

no hacen nada. Muchos bancos que escaparon a todo control y no respetan regla alguna -al menos que sea la dictadura de la ganancia maximizada a corto plazo- quebraron o se fueron a la bancarrota. Sin embargo, los bancos se organizan entre ellos para minimizar los riesgos y evitar, por ejemplo, que un prestatario solicite un préstamo en un establecimiento para pagar una deuda contraída en otro y así cabalgue. Saben de manera acertada que al final de cuentas si demasiados prestatarios no pueden pagarle a un banco, éste se irá a la bancarrota.

Pero ¿porqué reglas válidas para campesinos deseosos de solicitar un préstamo o para asalariados cuyo límite de crédito tiene un tope, no existen para los grandes bancos? Para evitar todo control y toda injerencia de los poderes públicos, los grandes bancos norteamericanos que han perdido mucho dinero en 2009, pagaron de inmediato gran parte de los setecientos mil millones de dólares liberados por la administración Obama en el momento más agudo de la crisis. Procuran escapar a las reglas que el presidente Barak Obama pretende decretar a cambio del financiamiento público. Y el presidente tenía razón, porque se trataba del dinero de los ciudadanos. Acerca de lo más agudo de la crisis, el patrón de Goldman Sachs declaró “Sólo soy responsable ante mi empresa, no ante los ciudadanos.” Sin embargo, es responsable en tanto que es ciudadano y actor en el sistema. Al mismo tiempo que le proporcionó ayuda, el gobierno americano acumuló un sobregiro que los ciudadanos pagan. Y todo esto no hubiese pasado si el estado hubiera nacionalizado los bancos e impuesto la separación entre las actividades del banco de menudeo y el de inversión.

Pero está claro que en esta crisis los gobiernos no han dejado de evitar el fracaso del capitalismo para que el sistema

gane, cueste lo que cueste. La crisis actual es esclarecedora ya que muestra que los gobiernos prefieren salvaguardar el sistema a toda costa en lugar de buscar alternativas porque temen su caída. Si en los Estados Unidos no se hubieran entregado sesenta mil millones a Merrill Lynch, el banco hubiera desaparecido. Y con él, todo el sistema bancario. Pero al mismo tiempo, quienes toman decisiones económicas saben muy bien que se trata tan sólo de una venda, de un cataplasma que no cura nada. Por otra parte, como las cajas del estado están vacías, si un nuevo espasmo ocurriera próximamente, estarían desprovistos de medios para actuar. El capitalismo salvaje provoca efectos cuyos daños son incalculables. Es un tipo de cáncer contra el cual las terapias no pueden gran cosa sin provocar una especie de electroshock sobre el organismo.

Hay en el capitalismo una falla de responsabilidad ciudadana, porque nadie es culpable ni responsable. Siempre es *in fine* el mercado que tiene respuesta a todo. Las teorías del mercado contienen esta idea: la mano invisible o la providencia lo va a arreglar todo. Y, los actores se lavan las manos. Pero todo esto en realidad depende más de una creencia que de una ciencia. Es la creencia en un dios providencia. Dudar o denunciar este axioma se considera un sacrilegio. Este mercado abre el camino a la exclusión, a la violencia, al odio y a la muerte, como lo decían Freud y Keynes hablando al respecto del “impulso de muerte”.

### *El fracaso del dios del capitalismo*

Desde la caída del muro de Berlín (¡tan simbólica y a la vez tan real!), podríamos resumir la situación psico-política mundial con esta fórmula: la humanidad ha abandonado

toda inteligencia, todo sentido crítico y ha dado prioridad a la religión. Y lo peor es que la religión del mercado absoluto es la que domina. Sin embargo, frente a este dogma podemos y debemos proponer una alternativa humana. En efecto, el capitalismo actual es una especie de enajenación por una religión: la del mercado liberal, del mercado adivino. Inventó su propia idiosincrasia, secular, y así ha perdido todo horizonte moral, toda idea de eternidad. Y es un desastre para toda la humanidad. La riqueza y el poder están montados en el trono de estos dioses caídos. Los discursos políticos, la propaganda y los medios los nutren.

Más bien reacio a todo lo que se refiera a religión, el capitalismo ha podido dar vida a un vasto conjunto que dispone de su propia Providencia, trascendente e inmanente, presente y ausente, algo que va mucho más allá de nuestra imaginación, pero que al mismo tiempo está en nuestro cerebro, en todas nuestras cabezas. La perversidad del sistema está basada en una fe que pretende que los intereses egoístas de todos los individuos se armonizan de forma natural con el interés general, en una especie de autorregulación espontánea. Pero esta supuesta divina Providencia no existe y mientras surge el problema de la asignación y distribución de recursos poco abundantes. A pesar de todo, mucha gente sigue creyendo que el mercado, liberado de sus ataduras y solamente sujeto a reglas tímidas por el estado, está regulado por la famosa “mano invisible” popularizada después de Adam Smith, un verdadero teólogo del capitalismo.

Los mantras del ultracapitalismo, “*laissez-faire, laissez penser*” y “sin limitaciones” llevan a consecuencias colosales y desastrosas. Desafortunadamente lo pudimos constatar aún recientemente. El liberalismo tiene lados oscuros y perversos, presentes a pesar de que no nos demos verdaderamente

cuenta. Entonces, no se basa en un principio de regulación de las relaciones humanas. Se basa en una fe trascendental, una Providencia pagana guiada únicamente por la ganancia y el poder. La fe en ese dios ciego nos impide ver la realidad tal como es verdaderamente: como si fuera una divinidad, creemos en el capitalismo, sin verdaderamente saber quien es, tampoco dónde está, hacia dónde va y qué busca realmente. A ciencia cierta no sé lo que es: científicamente, no puedo asegurar que existe. Einstein decía “Quizá entendamos el 1% del funcionamiento del universo, pero tan sólo somos un pequeño planeta, en un gigantesco sistema”. Entonces ¿cómo pretendemos saber cómo se mantiene el sistema en su conjunto? Son las creencias en el capitalismo las que lo sostienen.

Thomas Hayek y Milton Friedman estaban plenamente conscientes de que no tenían suficientes argumentos científicos para validar el sistema neoliberal. Lo repitieron en varias ocasiones: tenemos que tener confianza en el sistema para que funcione. Pero ¿por qué le tendríamos más fe a este sistema que a otro? ¿Por qué no existen alternativas? ¡Gran cosa! Por eso califico la crisis de “obsequio de Dios”, a partir del cual por fin podremos abrir los ojos y convencer a la gente que saldrá de la ignorancia en la cual la mantenían sus incertidumbres y que progresará hacia el conocimiento, y por lo tanto hacia más ciencia. La Providencia del mercado liberal es puro invento. Crea una ilusión que sirve para que los excluidos, los pobres, los campesinos y los mendigos crean en las promesas del progreso del sistema, bajo la cubierta de un discurso peligroso que defiende un combate a la pobreza. “Duérmanse gente buena, a pesar de tener el estómago vacío, el mercado y su crecimiento aseguran su porvenir...” si esto no es una promesa del mismo orden que el paraíso

prometido por las religiones, entonces ¿qué es? En realidad el liberalismo es el que se presenta como un dios nuevo, con su potencia, su omnisciencia, como si lo pudiera hacer todo, regularlo todo. Estamos pues confrontados a una especie de nuevo mito. El problema es que este nuevo dios dista mucho de cumplir con sus promesas, sus promesas divinas.

### *La pobreza no es una maldición*

Desde los eventos de 1989 -simbolizados por la caída del muro de Berlín, la confusión social y cultural reina en la superficie del mundo- nadie sabe a ciencia cierta a qué ritmo ni en qué dirección nos llevan los negocios del mundo. Son ellos los que guían nuestros pasos. La mediocridad es la regla. Los egoístas y sus ilusiones tomaron el poder. Y en política, triunfa el simulacro que se traduce en mentiras permanentes, lo mismo en el plano ideológico que en el económico. Se considera que la cultura del narcisismo es un bien. Aquí reside también el drama de la izquierda moderna que defiende un progreso infinito para todo el mundo. Es el espejo de arriba y contrasta de manera singular con la realidad de abajo. Esta creencia del capitalismo moderno ha penetrado en nuestras cabezas y ha modelado las instancias del desarrollo, inclusive las ONGs. Las ideas mismas de progreso y desarrollo económico son sacrilegios para los pobres y para el medio ambiente. La mundialización ha conducido su comitiva de monstruos, hidras de mil y una cabezas, llamadas multinacionales y compañías transnacionales. Y se nos aseguró que iban a “reglar los problemas del mundo”. ¿La pobreza? Prometen erradicarla con financiar campañas de comunicación y promoción sobre papel satinado. Inclusive respaldan algunas instituciones

internacionales para que hagan de la pobreza su “prioridad del IIIer milenio”. Así, se mofan de la realidad de los pobres.

En cuanto a mí, jornalero y miembro de una pequeña comunidad de cultivadores de café, mis cuatro doctorados no me han exonerado de poner las manos a la obra. Caminar al lado de pequeños productores es pesado, duro y doloroso. Pero también es una lección de vida, libertad y felicidad. Porque lo que buscan no es llegar a ser ricos, es tan sólo vivir con dignidad y sobre todo salir de la miseria. La pobreza para ellos no es una maldición. Es lo que me han enseñado los campesinos de la Sierra en donde vivo y trabajo desde hace unos treinta años. Es importante darle una visión de esperanza y no poner en su horizonte un muro de incomprensión. Su resistencia y lucha por la sobrevivencia, por ganarse el pan de cada día, abren perspectivas nuevas aunque sean a veces difíciles de aprehender.

Sin embargo, la opinión dominante en el mundo es que hay que combatir en contra de los pobres, porque son potencialmente peligrosos, ya que son verdaderos terroristas en potencia. Además, no consumen nada y no son útiles para el crecimiento de los países ricos. Gran parte de la ayuda para el desarrollo proveniente de los países industrializados y destinada a los países del tercer mundo se basa así en el temor, la preocupación, casi siempre inconsciente, lo que es aún más grave. La noción misma de la expresión guerrera “combatir la pobreza” se basa considerablemente en el miedo al pobre. Por ejemplo, recién tuve en mis manos un documento que resume la política de ayuda para el desarrollo de un gobierno en el cual se podía leer muy claramente: “Debemos concentrar nuestra ayuda en los países los más propensos a la inestabilidad social...” dicho de otra manera, a la revolución. ¡Es de espantarse! ¿Verdad?

Sin embargo, el mismo sistema capitalista ha creado y nutrido la pobreza y la miseria. No cayeron desde el cielo. En efecto, muchas veces se nos olvida decir que el capitalismo nació acompañado por el colonialismo, y que sin él no hubiera sido posible. El capitalismo se alimentó de las riquezas confiscadas a los países del sur. Así es cómo apareció la pobreza. Con el descubrimiento de América, de África y de Asia, los exploradores y colonos inventariaron todas las riquezas para luego arrancarlas a la tierra y a sus habitantes y exportarlas en sus países del norte. Al hacerlo, destruyeron culturas y formas autóctonas de gobierno, lo que tuvo como efecto que pueblos enteros fueran ingobernables hasta nuestros días, salvo por militares o gobiernos corruptos. La primera toma de conciencia de los pueblos explotados fue la revolución americana que inició en Boston, durante el famoso “Boston Tea Party”. Los ingleses tenían el monopolio del té proveniente de las Indias. Pero este té era la bebida principal del nuevo mundo. Sus habitantes, impulsados por el alza de los impuestos y los abusos de los colonos, se rebelaron y tiraron cargamentos enteros de té al mar. Fue la primera reacción de los americanos para mostrarles a los ocupantes que no querían ser sus esclavos. Terminó en la primera revolución de los tiempos modernos. Si bien los americanos repitieron luego este sistema al imponer una nueva esclavitud a los negros, el episodio es bastante esclarecedor en cuanto a las violencias constitutivas de los inicios del capitalismo.

No, la pobreza no cae del cielo. El hombre es quien la produce, la sociedad quien la quiere. La acumulación de riquezas sin restricción en los países ricos crea por sí misma la pobreza. Hay una correlación matemática entre los dos. Ya que los recursos y los bienes existen en cantidades limitadas en la tierra, lo que llega en la bolsa del uno sale de la bolsa del

otro. No estoy en contra de la ganancia, pero hay que controlar el reparto y redistribuirlo. Todo lo que está en juego es “democratizar” la ganancia, repartirla. Hay que establecer reglas para impedir por ejemplo que un patrón pueda disponer de ingresos doscientos veces más altos que el sueldo más bajo que paga a sus asalariados o a sus obreros. Sueño con que un día el estado democrático proponga reglas más justas para el reparto de ganancias: un tanto en lo social, un tanto en las inversiones, un tanto para la ecología, un tanto para los obreros, un tanto para los accionistas. Pero mientras tanto, sólo los accionistas deciden y se llevan la partida. Y vemos a donde conduce esto. Sí, hay que remunerar el riesgo pero no en un 20%. Bastaría de 3 a 5 % para pagar el riesgo que tome aquél que aporta el capital, es decir una taza equivalente a la remuneración de las cuentas bancarias de ahorro. ¿Por qué habría que remunerar tanto al capital?

El capitalismo creó un clima particular. Todos los actores están relacionados de manera inextricable, todos los satélites se remojan en un baño de dependencia. En tal contexto, el comercio justo es un instrumento, un vehículo cuyo destino es hacer que las conciencias maduren. Contribuye a retirar la fe del sistema para ponerla al desnudo. El comercio justo va a ayudar a los pobres hasta que todas las partes hayan realmente tomado conciencia de la realidad. Mucha gente pisotea la dignidad, la justicia, hasta la existencia de los pobres, pero van a descubrir poquito a poco que los pobres no aparecieron solos. El sistema ha secretado a los pobres y los ha mantenido en la miseria. En este momento, seguimos produciendo pobreza. Hay que encontrar soluciones para que esto termine. Y encomendarnos a un mercado diferente porque sospechamos de las fallas del capitalismo actual – fallas enormes, sobre todo desde el punto de vista de los

excluidos-. Pero, en esta crisis, hay que tener cuidado. El comercio justo debe guardar sus distancias con respecto al sistema dominante, de lo contrario será parte de su reclusión.

### *Todos responsables*

Hubiéramos podido imaginar que las causas de la crisis, su análisis, nos hubiesen enseñado algunas reformas. Desafortunadamente, no hay nada de eso, y de las supuestas lecciones de la crisis, no nos llevamos enseñanza alguna. Inclusive sucede lo contrario. Las ideas y los ideólogos que han sostenido el sistema que de todos modos se deslizó por debajo del mundo entero están contraatacando de lleno. Para salir de la crisis, recurrieron a los estados y al dinero público. Una manera de actuar contraria a sus dogmas económicos. Al hacerlo, convirtieron una deuda privada en deuda pública. Consolidaron la idea que era normal privatizar los beneficios y socializar las pérdidas, peculiar manera de afirmar su creencia en el mercado y en el capitalismo en tanto sistema social. Ya no es capitalismo, es bandolerismo. Además los defensores de la matriz neoliberal se deshicieron de su carga. La echaron a los hombros de pueblos enteros que, en su asombrosa mayoría, no tenían nada que ver con las causas de la crisis actual.

Lo peor es que el liberalismo sigue provocando una ilusión, la de haber permitido logros muy positivos: auge de libertades individuales en vez de múltiples formas de esclavitud, auge del progreso tecnológico, una producción de bienes y servicios sin precedente. Sin embargo un problema mayor aún no se ha resuelto: la mala distribución de los frutos de estos esfuerzos, de las mercancías y riquezas que derivan de ellos.

Justamente, la crisis actual ha sacado a la luz la fuerza del

comercio justo. Por otra, muestra que el fin de la economía liberal es globalizarlo todo, no sólo el poder económico sino también el poder ideológico, imponiendo su visión de la vida, de la percepción de sí, individualizando todo y dejando lo social al nivel privado cuando no lo suprime del todo. No estoy en contra de la mundialización, quiero mundializar el comercio justo. Pero tengo muchas reservas en cuanto a los modelos que se proclaman desde arriba. La verdadera cuestión es saber lo que se entiende por mundialización, porque en realidad no es sólo económica, tiene otras pretensiones hegemónicas como la de extender por todas partes el modelo de la democracia occidental, de promover una cultura individualista. Esto tiene como resultado la homogeneización de todo. De golpe, todos se hallan en un mismo tren, sin quererlo, y a la vez hay resistencia. La mundialización es una idea fija del mercado así como lo ha sido en todos los sistemas. Sin embargo la globalización maltrata las culturas y las diferencias: arruina la diversidad y acarrea el pensamiento único de la mundialización. Por eso propongo una desglobalización. Esto no significa que esté yo en contra de la globalización, pero de una globalización de la solidaridad y de los organismos sociales.

En medio de todo esto, los pobres preferirían un modelo que los respete y haga valer sus especificidades. Creo que tenemos que aprender de ellos. También creo que exportar diferencias es mejor que importar un modelo único. Es lo que llamo la economía de la pobreza digna. Toma en cuenta el costo social y ambiental del dogma del crecimiento, porque el comercio justo es un sistema ecológico. Sin embargo la idea de un desarrollo eterno sin límites sigue siendo el pensamiento mayoritario a pesar de la crisis. Sin embargo, no se basa en ningún fundamento científico. Y bien sabemos que todo cre-

cimiento se efectúa en detrimento de los demás y del planeta mismo. Los países del norte quieren desarrollarse aún más y lo tienen todo, inclusive tienen demás: la gente es obesa, se aburre y ahora quiere viajar a la luna. Mientras tanto, el 80% restante de la población mundial tan sólo aspira a sobrevivir con dignidad, esto es todo. Y esta sobrevivencia tiene un costo relativamente bajo. Pero lo peor es que nos dimos cuenta que hoy, los países del sur sufren las consecuencias del calentamiento del planeta, mientras los países del Norte lo alimentaron. El cambio climático es esencialmente responsabilidad de los países del norte. Son ellos los que deben asegurar el mantenimiento de las reservas naturales, de los recursos y del medio ambiente. Antes de decirles a los países vecinos qué hay que hacer, que limpien su propio patio. Los países del norte no tienen derecho a imponer a los países del sur, a impedir la creación de infraestructuras, bajo el pretexto que son contaminantes. Porqué les impedirían a los chinos desarrollarse como los occidentales lo hicieron en el pasado? Las potencias coloniales han contaminado el mundo durante siglos. ¿En qué podríamos basarnos para impedir que los países emergentes lo hagan? Claro, al mismo tiempo que China e India se desarrollan en la medida de los países occidentales, el planeta se derrumba, pero les corresponde a ellos elegir. Y lo peor es que contrariamente a lo que escuchamos por todos lados, los chinos conocen la importancia del medio ambiente: en el último plan del gobierno central, el capítulo más importante es relativo a este tema. En cierta medida, también ellos están movilizados y saben que hay que actuar. Aunque por otra parte tomen medidas de consecuencias irreversibles para el planeta.

Sólo que, a pesar de la crisis, los países del norte aún no tienen la voluntad de resolver los problemas. Sin embargo

son todos responsables, no solamente Al Gore quien, por cierto, hizo su *mea culpa*. Debemos tomar aún más en cuenta los problemas del medio ambiente pero también debemos resolver el problema de la exclusión y de la explotación. Les corresponde a los contaminadores pagar: todos los productos químicos y contaminantes deberían pagar un impuesto. Sé que es irrealista, mas sin embargo así debería ser.

### *¿La felicidad? Si quiero*

La pobreza digna es la garantía de tener acceso a las cosas básicas de la vida: propiedad de la tierra, trabajo, remuneración justa para alimentarse y mantener a la familia, tener una casa sólida y disponer de las infraestructuras mínimas tales como el acceso a la salud y a la educación. Cada estado debe procurárselo a sus ciudadanos. Sería la garantía para los pobres para crear condiciones democráticas de sobrevivencia y tener por fin la perspectiva de un tipo de sobrevivencia humanista. Se impone, para llegar a esto, buscar nuevos criterios de medición de la felicidad de la sociedad. La felicidad no está a la venta, no se compra. Comida, vida, salud, educación son las necesidades básicas de toda sociedad. ¿De qué más necesitamos realmente? Lo demás son tan sólo falsas necesidades, cosas artificiales que el capitalismo ha impuesto como una meta en sí al mundo entero. Como estas generaciones de idiotas arrinconados con su teclado y palanca de mando ocupados con juegos bélicos virtuales. ¡Que estupidez! Además ilustra cuáles son los límites alcanzados por nuestra sociedad ultra violenta, tal como lo comprueba el éxito de la película *Avatar*. Tanto odio y sin embargo tantos espectadores y tantos premios... ¿Donde está la poesía, la verdadera vida en todo

esto? Perdimos el gusto y el valor de las cosas. Estar juntos, aprovecharse los unos a los otros, la humanidad ha perdido todo esto. Perdimos el lazo social que se distendió. Inclusive el silencio dejó de existir. Por esto es urgente adoptar nuevos modos de relacionarnos que no sólo pasen por la Internet, los videojuegos y los centros comerciales. Es urgente desarrollar ecoturismo regulado por los campesinos mismos, movimientos que promuevan una alimentación ecogastronómica, ética y orgánica, de volver a tomar contacto con la naturaleza, de tomar el tiempo de apreciar lo que nos rodea, los pájaros, los bosques...

El liberalismo ha engendrado lo que no es ni libertad individual ni responsabilidad social: hoy hay carencia de todo en las sociedades contemporáneas: iglesias, sindicatos, estados. Los dirigentes multiplican las declaraciones, 'pero no hacen nada, ahí está el problema. Sin embargo las libertades individuales no son un objetivo en sí, tienen sentido sólo cuando están subordinadas al interés de la colectividad. Hoy todo está permitido, no creo que esto sea sano. En Kenya, se agrupa a los Massai en pueblitos bajo el pretexto de que es para protegerlos mejor, pero en realidad es para controlarlos, y en paralelo, se vende miles de hectáreas a multinacionales para que puedan producir alimentos para América del norte o Europa. Es una aberración. Todas estas anomalías, estos absurdos contra los cuales no hay autoridad de estado alguna que haga algo, me dan rabia. En el mejor de los casos, esto demuestra la irresponsabilidad y la incapacidad de los estados, pero también su falta de voluntad. Hay cosas fundamentales en el plano antropológico: el hombre quiere que se le reconozca no como bestia o como esclavo, sino como ser humano. Esto implica ciertos derechos: reconocimiento de diferentes formas de vida, de su medio ambiente,

de diferentes estados de la humanidad. Paralelamente, hay una regresión, particularmente en los países del norte: con los sentimientos, la racionalidad, se crea la inaptitud social, la negación de los seres... sin embargo somos por naturaleza seres sociales. Estamos en la negación del ser humano.

En un mundo en donde reina la mediocridad, en donde no se piensa más allá de las narices, mientras la crisis obliga a desconstruir totalmente el sistema capitalista, se esconde un camino sin embargo obvio. No es fácil proponer algo nuevo, pero es urgente hacerlo, multiplicando las experiencias, comunicando y dialogando los unos con los otros. Porque el comercio justo le da al consumidor la posibilidad de ser actor reflexivo de sus propias decisiones de compra, más allá de cualquier propaganda y de cualquier condicionamiento. Esto supone la voluntad de salir de las manías ego-gregarias en las cuales estamos cada día más encerrados. Comprar productos del comercio justo, es demostrar que otro mundo es posible.

### *Estado, asústame*

Todos los pobres del mundo entero tienen rabia y gritan para pedir que se instituyan reglas claras en el mundo financiero, en los mercados, que haya límites. Ellos también están conscientes de que hay que cerrar la llave del jacuzzi financiero e imponer reglas que llamen ciertas reglas sociales y humanas. Más vale gritar en el desierto: se lo piden a estados débiles, a la sombra de la economía desde la desreglamentación de los años 1990-2000. Estados reducidos a intentar salvaguardar el sistema y a aspirar a recuperar lo que aún se puede recuperar. Por esto, ya que no existe estados manejados de manera democrática, pero que todos lo son de manera plutocrática,

son los bancos y las grandes sociedades industriales y de comunicación quienes controlan indirectamente el estado. Pies y manos atados, manipulado por los intereses que lo rebasan éste no puede realizar cambios profundos, entonces tapa las fugas a toda prisa, multiplica los remiendos que bien lo sabe, son efímeros. Bajo las puñaladas del ultraliberalismo, la responsabilidad del estado es aún más limitada. Por eso no es capaz de imponer una economía más social, más justa. Sin embargo, ¿no es la esencia misma del estado el representar a toda la población de manera democrática, encarnar una especie de asociación superior de los intereses de todos al mismo tiempo que alguna forma de consenso? Y en papel, esto funciona: la protección del territorio, la seguridad de las personas, la construcción de infraestructuras son misiones que aún los más liberales reconocen como responsabilidad del estado.

Pero en realidad las cosas suceden de otra forma. Los estados no son verdaderamente democráticos. ¿Por qué en los Estados Unidos Barack Obama no podía hacer las cosas como lo quiere y hacer que la ley en materia de salud pase bien? Porque las grandes empresas y los lobbies se rebelan y finalmente poseen más poder que él. El estado moderno, plutocrático, no es capaz de imponer reglas, de controlar los bancos, la bolsa de valores o las empresas multinacionales, porque van en contra de la gente que le dieron el poder. En el comercio justo, pedimos que el estado tome por fin su responsabilidad social. ¿Qué seguridad alimenticia proponen los estados a los ciudadanos? ¿Qué nivel de contaminación en el planta quieren? ¿Qué infraestructuras garantizan para todos, sobre todo para los más desposeídos? Dejar que nuestra suerte y nuestro futuro dependan solamente de iniciativas privadas no funcionará en el futuro como no lo hizo en el

pasado. O funcionará sólo al margen, cuando se podrá sacar provecho de ello, como sucede con las concesiones para las autopistas o los estadios de futbol. En ciertos lugares, habrá campos de turbinas eólicas, porque las compañías privadas que los explotan con la complicidad del estado, a costo muy bajo, podrán vender la corriente eléctrica obtenida y sacar dinero después de haber expropiado a los dueños de las tierras. En algunos países, como Italia o México por ejemplo, los medios de información han sido totalmente privatizados. Pero, ¿porqué el estado no conserva la capacidad de llevar información a sus ciudadanos? ¿cómo recuperar la democracia? ¿cómo crear un estado que en verdad represente los diferentes intereses de la nación y no sólo los de un grupo?

Frente a estados clientelistas, manipuladores y disimuladores, la opción política dista mucho de ser obvia. Los partidos que detentan el poder esperan conservarlo. Y el poder tiene oídos sordos con respecto a las manifestaciones de votaciones nulas, en blanco o reivindicatorias... La prueba de que esto no funciona es que en una democracia cuando se elige a un político con menos del 50% de los votos, nadie se conmueve. Hay un gran vacío en el funcionamiento de los estados. El comercio justo se aferra a llenarlo empezando por democratizar la economía. Al crear organizaciones basadas en mecanismos mayoritarios, conectándolos, los pobres desarrollan su consciencia y hacen que surja el sentimiento que *in fine* el poder puede estar en manos del pueblo. Falta comprobarlo.

## II. La Mundialización Desde Abajo

*El crecimiento, ¿para qué?*

**M**e inclino a considerar que la crisis es la expresión de los defectos del capitalismo ultraliberal y de su carácter violento; pero a la vez, la crisis actual es un reto. Es como la erupción de un volcán durmiente que escupe por fin los sedimentos que esconde desde hace años debajo de la corteza terrestre. Pero hay volcanes buenos y volcanes malos. Ciertas erupciones aportan con ellas una nueva fertilidad. En este caso, la crisis que conocemos es la chispa que hizo que se incendiara en sistema. Pues tenemos que trabajar sin descanso para encontrar alternativas decentes y humanas a este infierno. La tragedia es tal que la factura la deben pagar los pobres, las familias más desposeídas, las comunidades abandonadas y las futuras generaciones. No es admisible.

Hasta ahora, la dominación occidental aseguraba “el dominio de la verdad” y podía imponer al mundo entero la creencia en el capitalismo. Pero hace mucho tiempo que los excluidos, es decir cerca del 80% de la población mundial, están escépticos. Es desde esta reserva masiva de pobreza en todo el planeta que se recurre hoy a otros modelos posibles.

La acumulación de problemas causados por el capitalismo hizo que surgiera la necesidad de cambiar la matriz. El comercio

justo es una especie de espina en la espalda del capitalismo que va a crear una reacción, como un edema que no se podrá resorber. Incita a cambiar las reglas al mismo que se pone en tela de juicio desde dentro, cuestionando sus dogmas, como el del desarrollo infinito.

La idea, comúnmente aceptada y compartida, que el desarrollo es algo formidable, que se nutre del progreso científico y promete un crecimiento eterno es un mito absoluto. Sin embargo es el mal más dañino que se le haya causado a la humanidad. Porque de hecho el planeta y sus recursos son finitos. ¿Porqué persuadirse sin cesar de lo contrario? Se ve cada día más, el planeta muestra sus límites, explota, ya no puede más. Los recursos y el dinero que llegan a algún lugar provienen forzosamente de otro lugar. La riqueza de los unos provoca irremediamente el empobrecimiento de los otros. El incremento de la pobreza lo muestra: el progreso ilimitado no existe, no es más que ficción. Todo mundo sabe que el calentamiento del planeta existe y que es un verdadero infierno constantemente producido por la contaminación. El positivismo nos aseguró que con la ciencia el futuro era luminoso y que nada podría detener el progreso. Al mismo tiempo, no nos preocupamos ni de lo social, ni del medio ambiente, ni de los desempleados.

Porque el sistema dejó en el acotamiento del camino numerosas víctimas expiatorias. Se nutre de ellas, son indispensables para su existencia y su desarrollo. Es en la victimización de los más desprovistos que el sistema encuentra su justificación. Así, proclama derechos humanos, como el derecho a vivir, al trabajo, a la dignidad, a la vivienda, pero está en la incapacidad de hacer que se respeten. Para defenderse, el capitalismo asegura que cuando el crecimiento regrese o sea mejor, se encontrara de manera automática trabajo para

los pobres, y que esto los hará salir de su miseria. Pero hay que acabar de una vez por todas con esta fe ciega.

Porque de hecho el desarrollo acelerado del mundo capitalista del siglo XX se hizo explotando las dos terceras partes del planeta y de su población, los necesitados que sufren. Pobres que tan sólo quieren una vida, ya no una vida mejor. Tener techo, una casa, letrinas, una estufa, no es ni tan siquiera desarrollo, sin embargo es una justa necesidad. De la misma manera, ir a la escuela y mejorar su educación y su aprendizaje del mundo es indispensable. Es cierto que el desarrollo aportó ventajas, pero no hemos medido los inconvenientes. La ciencia, las libertades individuales, está muy bien, todo lo demás también, pero al mismo tiempo que el norte se desarrolló, le robó al sur sus riquezas. Debemos ser honestos y reconocer que el desarrolló sólo se pudo dar así. Es por lo tanto una construcción totalmente ficticia. Por cierto, a escala de la historia de la humanidad, el concepto de desarrollo es relativamente reciente, inclusive en la cultura occidental. Tenemos pues que desfeticizar y desmitificar esta idea de que la economía progresa siempre hacia lo mejor, año bueno, año malo, porque el costo de los daños que causa a la gente y a la tierra es colosal. Sin embargo, se trata de seres humanos y de nuestro pequeño planeta, el único lugar en donde podemos vivir. Sin embargo la globalización y las delocalizaciones de las corporaciones son nuevas formas de colonialismo: los países del norte aprovechan una mano de obra barata para fabricar productos que consumen. El motor del capitalismo es la explotación del hombre por el hombre. ¿Porque insiste tanto el norte en que se desarrollen los países del sur? Porque necesita exportar y tener consumidores. El desarrollo y su problemática deben entenderse como un elemento del pensamiento occidental según el cual deben

continuar indefinidamente. De esta manera, el desarrollo contrasta con el subdesarrollo como una dicotomía que descansa sobre una ilusión semántica. El desarrollo sólo puede existir si hay una constante creación de subdesarrollo y crea de esta manera la ilusión de que algún día y de la misma manera todos los países subdesarrollados podrán ser países prósperos en el plano material. Pero una segunda ilusión substancial disimula el hecho de que el desarrollo sólo puede producirse gracias a la explotación constante de los recursos, que de ninguna manera son inagotables.

La economía liberal hace que algunos, como los grandes bancos, tengan más derechos que otros. El 30% de los norteamericanos quienes viven por debajo del umbral de la pobreza en esa sociedad opulenta pero incapaz de solidaridad pueden testificarlo. ¿Cómo crear decencia, solidaridad y responsabilidad? ¿Cómo afirmar que tenemos todos los mismos derechos? No somos ángeles, no podemos hacer que el cielo esté en la tierra. Pero la idea es hacer el intento de que disminuya la tasa de explotación en todo lo que hagamos. Así creamos una red para rescatar a los más débiles, a los que no lo logran.

### *No a la caridad*

En el sistema capitalista, quien acumula expresa al mismo tiempo de manera inconsciente un arrepentimiento por dejar a los pobres a un lado. Y es ahí donde se da la caridad. La caridad, -pongamos en el mismo plano la ayuda internacional-, es una especie de mala manera que imaginaron los defensores del sistema, para compensar lo que pudo haberse hecho, por ejemplo pagar para el trabajo y las materias primas a precio justo

y cubrir así el costo de producción. La caridad en el mercado es nefasta, porque llega a negar que los pobres también sean hombres, sujetos que tienen derechos. Los instrumentaliza como objetos, así como los hacen los norteamericanos en Haití con las víctimas del terremoto. Le dan la apariencia de una ayuda humanitaria de emergencia a su voluntad política de aprovechar una crisis para promover sus intereses. Como lo escribe Naomi Klein, “durante los periodos de crisis extrema, los pueblos están suficientemente desesperados como para recibir ayuda humanitaria de cualquier naturaleza, cualquier forma de financiamiento, y no se encuentran en una posición favorable para negociar las condiciones de esta ayuda.” Esto no excluye ser solidario con pueblos que sufren cuando hay desastres naturales, como los haitianos. Pero es la forma y las condiciones de la solidaridad que la hacen aceptable o no.

La caridad trata al otro como objeto, no como sujeto, ser vivo. Esto demuestra la incapacidad del sistema actual de mantener la vida. Mendigar dinero es lo más humillante que hay en el mundo. El sistema de desarrollo del norte hacia el sur, que consiste en decir “aquí está el dinero” es tan humillante que uno no lo puede aceptar. Es una forma de neocolonialismo que busca tomar riquezas, materias primas y convertir las masas. Este capitalismo del terror conlleva los mismos ‘valores’. A través de este sistema, el norte intenta todavía imponer su visión, su concepto de desarrollo y su humanismo abstracto. Es un disfraz de desarrollo sustentable. El occidente nunca les pregunta a los colonizados qué es lo que quieren, nunca. Sin embargo existen en el mundo riquezas ocultas que el sistema no acepta, valores que desconoce. La resistencia cotidiana, la sobrevivencia... crean entre los más desfavorecidos una especie de sabiduría popular, desconocida o maltratada en la cultura dominante.

Su voluntad de presidir a su propio destino es algo normal. Lo expresan en un grito que traduce el comercio justo. Su acción actúa como una piedrita en el zapato neoliberal. El comercio justo permite la autocapacidad de los pobres y que ellos hagan lo que creen lo mejor para ellos mismos, porque conocen perfectamente su carga de explotación. No es algo científico, sino que está en ellos. Es por esto que los campesinos rechazan el falso equilibrio que les impone un mercado inequitativo. ¿Porqué harían más para que se les explote aún más? Sencillamente quieren vivir con lo que necesitan, esto es todo. Habría entonces que reconocer antes que nada el precio del trabajo del trabajador, en lugar de hacerles obsequios como paliativos, bajo la forma de donativos o subsidios, siempre con este pensamiento oculto de “cuando menos hacemos algo para los pobres”. Lo que nada tiene que ver con la solidaridad. Es indispensable pagarles mejor a los pobres para que puedan comprar lo que necesitan en lugar de recurrir a la ayuda de las ONGs (organizaciones no gubernamentales). Desde mi punto de vista, la ayuda internacional bajo todas sus formas tiene numerosas desventajas: a menudo, las ONGs llegan a los países del sur en terreno conquistado, sabiendo mejor que los lugareños lo que es bueno, sin preguntarles a los más pobres qué es lo que necesitan. Luego, siempre combinan sus donativos con reglas que inventan sobre la marcha, e imponen su voluntad a los pueblos bajo el manto de la caridad. No apruebo la acción de las ONG porque no saben lo que hacen. Se encuentran en sus filas gente muy simpática, competente, llena de buena voluntad, pero por lo general la máquina en derredor funciona al revés de lo que debería hacerse. El mecanismo de las ONG es el arma de destrucción masiva que justifica el sistema liberal. Las ONG funcionan por programas y proyectos más o menos largos,

en función de las prioridades dictadas por los donantes, y no en función de las necesidades locales. Cuántos proyectos he visto implantarse y desaparecer en tres o cinco años, sin que nadie se preocupara de lo que iba a pasar luego, sin pasarle la estafeta a nadie? Lo más común es que ONGs concurrentes intervengan todas en un mismo lugar sin concertación alguna. Aquí también lo que intentan es levantar la alfombra de la miseria para publicitarse. Hay que conocer, estudiar los problemas antes de imaginar soluciones. Y estas soluciones, como por ejemplo el comercio justo, vendrán sobre todo de los pobres mismos.

Ahí donde estoy, en México, los campesinos se organizaron porque no lograban salir adelante y no podían alimentar a sus familias con el producto de su trabajo. Sin embargo ciertos intermediarios se atragantaban. No es normal que unos miserables sean explotados por gente que se enriquecen a su costa. Pero les llevó tiempo a los campesinos llegar a estructurarse. Quisieron hacerlo de manera independiente, sin subsidio del estado ni ayuda del exterior, para volver a encontrar su dignidad. No querían deberle sus camisas ni sus pantalones a un estado que los menosprecia y que no respetan. Y yo, quien comparto su vida, lo entiendo, porque hace años que estoy con ellos. Es de esta manera, solos, que han logrado tener derechos y hacerse escuchar. Pero sin que los compraran y sin perder el alma. Gracias al comercio justo, los campesinos por fin pudieron tener techos y pisos firmes, tener un puesto de salud, un médico, mandar a sus hijos a la escuela, atenderlos. Todo esto, los pobres no lo mendigaron, lo adquirieron a cambio de un trabajo remunerado más equitativamente. Es la única manera de instalar relaciones durables e intercambios justos.

### *La ética ataca*

Por haber sacado a los débiles de la miseria, el comercio justo es una de las pocas iniciativas económicas que ha demostrado ser válida. También es una verdadera alternativa al modelo neoliberal que lo desafía e intenta corregir sus excesos. Este comercio diferente nació en el estado de Oaxaca, México, en donde unos campesinos productores de café se agruparon en una organización independiente, UCIRI (Unión de comunidades indígenas de la región del Istmo), para obtener un precio más justo para su producción orgánica. Los pequeños productores, quienes estaban explotados por intermediarios sin fe ni ley se organizaron para que el precio de venta de su producción integre todos los costos que les incumbe, incluyendo los costos sociales y ambientales. El comercio justo busca pagar un precio justo a los campesinos, lo que significa pagar la inversión, el tiempo de trabajo de los campesinos así como un precio para el mantenimiento del ambiente y de las estructuras sociales. Desde hace treinta años, les ayudé a los indígenas de México para que dieran a conocer sus derechos y especialmente su derecho a la auto organización del trabajo. Por eso los impulsé a que se organizaran en cooperativas y a que se defendieran. Así los socios de la UCIRI aprendieron a exportar su producto, el café, sin intermediarios y sin el auxilio de organismos caritativos. Aprendieron a redactar sus contratos y a vender su café orgánico. Un precio mínimo se fija de antemano, para asegurar un ingreso regular a los agricultores. Entre 2000 y 2005, cuando el precio en el mercado estaba a cuarenta y cinco centavos el kilo, este sistema jugó un papel de amortiguador importante. Les pudo ofrecer ciento veintiún centavos, es decir el triple! Lo que representa para una pequeña cooperativa un ingreso de un millón de dólares adicionales al año.

De esta manera, los ingresos de los agricultores asociados progresaron significativamente. A tal punto que duplicó en diez años. Pudieron llevar a cabo ciertos proyectos, mejorar sus viviendas, los transportes, crear infraestructuras, desarrollar un banco de microcrédito. Ahora, se sienten verdaderamente propietarios, responsables y su futuro es menos inseguro. Otro aspecto fundamental del comercio justo, la organización democrática de las cooperativas en derredor de instancias de gestión y control por los campesinos mismos.

En 1989, en Holanda, bajo el nombre de Max Havelaar, cree con un amigo, Niko Roozen el primer sello equitativo. Luego, el fenómeno se desarrolló en varias decenas de países, con el objetivo de crear y desarrollar un mercado que englobe a todos los responsables: productores, consumidores e industriales. De esta manera pasamos de las protestas en contra de un mercado injusto a una verdadera alternativa concreta, la propuesta del comercio justo. Conformarse con protestar está en vano, si no tenemos soluciones concretas, aplicables para que la situación cambie. Es una revolución, pero pacífica que descansa sobre una propuesta constructiva que desafía el sistema basado en las ganancias y en los dominantes. Con esto, los productores exigen y luchan por otro tipo de mercado, otra economía, en donde volumen y ganancia no son los únicos motivos, pero una economía que toma en cuenta la dignidad de todos los actores de la cadena. Todas las reglas de este nuevo mercado deben cumplir con este principio de base. Es por esto que el mercado justo no sólo es una crítica fundamental al sistema neoliberal, pero ofrece un paradigma económico alternativo.

La idea de un mercado justo, cuyos productos son de calidad y se venden a un precio fijo que integre una prima para la justicia social y la protección del medio ambiente nació de

la idea de una nueva economía en donde se remuneran de la misma manera a los campesinos, pequeños productores y obreros según los esfuerzos (las horas y el sudor) realizados para producir un bien. En efecto, hay multimillonarios, políticos, funcionarios, quienes reciben un salario de acuerdo al puesto que ocupan y no de acuerdo a lo que producen, lo que fuera una recompensa justa. El mercado justo ha sido pensado para que todo esto cambie y que las remuneraciones sean proporcionales a los esfuerzos consentidos, pero también que la preferencia se dé a los productos orgánicos, respetuosos del medio ambiente, de las tierras, de los ríos, del aire y de los océanos. Como lo decía Oscar Lafontaine “Es el corazón del comercio justo. Y este corazón late del lado izquierdo.”

El comercio justo en su acepción la más amplia permite a todos salir de la miseria y vivir con dignidad, no llegar a ser ricos. Por otra parte, los beneficios del comercio justo van a los socios de una comunidad, pero también a todas las poblaciones que viven en derredor. Los principios del mercado justo son alternativas viables para crear un nuevo sistema en el cual todos y cada uno tiene su lugar, tiene acceso a la salud, a la escuela, al ingreso, al trabajo. El modelo del mercado neoliberal fabrica la exclusión, y sólo los más fuertes pueden sobrevivir en este universo extremadamente competitivo. Es por eso que desde hace veinte años, hemos intentado desarrollar un mercado diferente que modifique y corrija las grandes fallas del sistema neoliberal.

La propuesta de este mercado es crear empresas sociales y solidarias, en cooperación con los consumidores conscientes y responsables, a nivel mundial. Hablar de economía social y solidaria no es tener compasión por la gente desposeída, es entender su modo de vida, respetarlos. Frente a una economía

de la rapacidad que los excluye, construyeron un sistema de repartición más equitativo del cual forman parte.

Si olvidamos esto, nos apoyamos sólo en el sistema dominante para intentar borrar sus aspectos negativos. Es la razón por la cual la economía solidaria debe tomar una dimensión diferente y en el futuro plantearse las cosas desde un punto de vista mucho más amplio. Porque la esencia misma del humano es multidimensional. No se orientada sólo hacia la ganancia. Fue un error muy grande del pensamiento único, matemático y científico, crear la inversa.

El comercio justo es el establecimiento de una alternativa de compasión y reconocimiento en una sociedad en la cual estos valores son ausentes. No por moralismo sino por simple respeto a los seres humanos. El comercio justo creó las condiciones para que un poco de felicidad surja en esta tierra: la felicidad real, no la supuesta, como la que promueve la sociedad de consumo incitando a la compra y acumulación de riquezas. Y es por esto que es un correctivo fundamental al sistema capitalista dominante. El capitalismo secreta su propio infierno. Sin embargo no está en el más allá, ni en “los otros”, como lo decía Sartre, está en la tierra.

El comercio justo crea las condiciones de solidaridad y reconocimiento, de empatía. Como otro mundo, un lugar de esperanza, de sobrevivencia, es un laboratorio humano para ver cómo las personas las más desprovistas pueden salir adelante. Es un lugar en donde se limita lo más que se pueda la fabricación de víctimas, de pobres, de abandonados. Es un mundo agradable con menos conflictos. Esto viene desde abajo, moviliza el sentido común y el espíritu de los más pobres. No se rinden. Defienden lo que es vital para ellos. Cada ser humano quiere sobrevivir salvo que su racionalidad haya sido alterada.

Comprar productos del comercio justo es votar, con su cartera, por otro mundo y desde luego reconocer que es posible. El comercio justo no es una caridad enmascarada, ha sido pensado tanto para los productores como para los consumidores. Es una elección constructiva. Por suerte ya gente que se cansó de no saber a dónde va el dinero de las campañas de caridades, tiene de ahora en adelante una herramienta para esto. El *charity Business* desagrada a mucha gente y el comercio justo ofrece una alternativa a los que quieren hacer algo, construir un mundo más justo. Esto implica honestidad de un extremo al otro de la cadena. Y si el consumidor tiene dudas es todo el sistema que va a caer porque se basa sólo en la confianza ciega.

*¡Y funciona!*

Hemos aprendido mucho desde los inicios del comercio justo. Claro, muchas cosas pueden mejorar todavía. Pero entre las consecuencias positivas figuran la capacidad de los campesinos de organizarse en comunidades, recobrar su dignidad, el retorno de los derechos políticos, las estructuras sociales y el aumento del ingreso de los indígenas en un 100%. Pasó de uno a dos dólares, es lo más alto que haya sido aunque sea todavía demasiado poco.

Su organización ha creado las condiciones de una sobrevivencia más digna que les ha permitido resistir mejor la crisis. Los proyectos sociales, las mejoras que se aportaron en los últimos diez años, los caminos creados por las autoridades, el establecimiento de centros de salud, las cooperativas para pagar menos caro los bienes indispensables a la vida, hizo que los campesinos fueran menos sensibles a la mordaza capita-

lista. Ahora los bienes básicos llegan hasta los más pobres. Antes tenían que caminar un día o dos para conseguirlo. Y al mismo tiempo, venden más caro lo que cosechan. En un periodo de crisis intensa como la que estamos atravesando, el comercio justo sirve de amortiguador a los más desposeídos.

También hemos desarrollado una cooperativa de microcrédito, pero con el dinero de los miembros de la organización. La gente de los pueblos la administran ellos mismos, no se trata de un maná que se les impone desde arriba. Hay pues progreso real en el terreno, aunque no se le pueda calificar de verdadero desarrollo económico propiamente dicho.

La cultura, la solidaridad, lo social han progresado, las técnicas, los derechos, la producción, también, pero sólo gracias a los esfuerzos de los indígenas colectivamente organizados. Juntos logran cosas que nunca hubieran imaginado de manera individual. El reconocimiento de los pequeños productores en el plano político también vino de allí. Hace veinte años, a los indígenas se les consideraba como animales, inclusive en las ciudades cercanas a ellos. Hoy el mundo entero sabe que lo que estos campesinos han logrado y lo que esto significa. Sus productos están en los estantes de los supermercados en todos los países occidentales y la calidad de su producción es reconocida. Con dignidad, estos miserables tomaron su destino en sus manos, y llegaron a ser verdaderos actores económicos. Con esta fuerza, se organizan. Poco a poco, van ganando confianza en sus propias capacidades. Así se adaptan cada día mejor al mundo que los rodea. Antes, esperaban del sistema soluciones a sus problemas. El comercio justo les dio los medios de ganarse una verdadera autonomía, tanto económica como cultural, pero también política.

Es lo que el subcomandante Marcos intentó hacer en Chiapas. Se levantó para decir: "Somos indígenas y habitan-

tes ancestrales de este país. Somos ciudadanos con plenos derechos y al mismo tiempo somos indígenas” Sin embargo México al igual que numerosos países no es de veras una sociedad pluricultural, y por lo tanto se negó a percibir la especificidad de los habitantes de Chiapas al seguirlos tratando como un número insignificante. Sin embargo todos formamos parte de una misma sociedad.

Es también la principal demanda del zapatismo. No hay que ver en esto una lucha de las minorías por el poder, sólo la voluntad de vivir como los demás y tener derechos iguales. Tuvimos contactos con ellos. En el fondo, es la misma lucha, pero con medios diferentes. Como Gandhi, estoy por la no violencia. Nunca pensé que la resistencia por las armas era cosa buena. El reconocimiento de la diversidad es la mejor manera de evitar conflictos. Sin ello se provoca la violencia. Cuando la sociedad no reconoce a los unos o a los otros, se crea frustraciones. Opciones impuestas desde arriba, como por ejemplo, la creación de Israel por los ingleses en detrimento de los palestinos abandonados, crean desequilibrios. Los ingleses abandonaron el partido cuando empezó el conflicto entre Israel y los palestinos, habitantes originales del lugar. Es una falta a la racionalidad. Hace que la solución al problema extremadamente difícil sino imposible, porque hubo negociación de una parte. Así es como nace la victimización del chivo expiatorio indispensable a la dinámica del conjunto. Los pobres forman parte de él. Sus exigencias amenazan hoy a la sociedad dominante.

### *El diablo se viste de multinacional*

En los inicios del comercio justo, nos aliamos con el mercado alternativo tradicional, pequeñas tiendas y algunas empresas que estaban bajo la misma presión que nosotros para seguir en el mercado. Son sociedades creativas, reactivas que intentan con inteligencia luchar contra las grandes empresas. Cuando lanzamos el comercio justo en Holanda a fines de los 80s, vimos inmediatamente que las multinacionales, que creían de manera arrogante en el capitalismo, intentaban bloquearnos el camino al organizarse a la manera de las mafias. Esas multinacionales amenazaron al pequeño tostador de café que quería trabajar con nosotros con cancelar sus pedidos.

Afortunadamente, hay empresarios y sociedades familiares en el mundo entero que están conscientes de la necesidad de compartir la ganancia y producir protegiendo el medio ambiente. Pero lo que es posible en pequeñas empresas a escala humana, es imposible en las multinacionales cuyos accionistas son los que toman las principales decisiones. Lo único que los motiva es una ganancia que crece sin fin, la eficacia y el poder. Las pequeñas empresas no tienen este peso, son más audaces, pueden tomar riesgos y en ciertos casos ser más eficaces que las grandes empresas. Cuando Nestlé u otras sociedades multinacionales como Kraft aseguran que hacen comercio justo en el 1%, es en realidad con fines publicitarios para promover el 99% restante de su actividad. Cuando vienen a vernos, es para utilizarnos como tapadera. Estamos por otra repartición de la ganancia, no en contra de la ganancia. Hay muchos ejemplos en el mundo de empresas en las cuales el accionariado asalariado está muy desarrollado y funciona.

Como es natural, nuestra vocación es entendernos con los pequeños actores constantemente amenazados por grandes

actores de perder lo poco que tienen. Esto puede funcionar sólo con asociados pequeños o medianos. Sin contar con que las grandes empresas, cegadas por su parte del mercado, su orgullo y potencia, no pueden imaginar más que innovaciones que vengan de otra parte. No estamos en contra de las multinacionales, ya que siempre hemos discutido con los distribuidores, aun cuando se trataba de sociedades multinacionales. Las que excluimos, son Nestlé, Kraft, Sarah Lee, Procter & Gamble o Ecom. Explotan las materias primas a menor costo y las vuelven a vender directamente con márgenes de ganancia sobre las espaldas de los productores. Los mismos que acusaron al comercio justo de ejercer una distorsión en los mercados con el precio mínimo del café, como Nestlé, luego hicieron todo para obtener la marca Max Havelaar. Su objetivo era infiltrarse en el sistema a partir del momento en que el comercio justo había alcanzado el 2 ó 3% del mercado para observarlo desde dentro, infiltrarlo. Una vez que hicieron esto, crearon sus propias marcas ecológicas inspirándose de las ideas del comercio justo sin respetar su fundamento. Para ellos, Max Havelaar perturba el mercado y les impone alzas de precio. Como no han podido oponerse al auge de Max Havelaar, desviaron el sistema al crear su propia certificación prácticamente sin ningún sobrecosto para ellos. Porque es impensable para una multinacional que un pequeño mercado equitativo cuestione las leyes del sistema. Ellos no toleran que el café de los pequeños productores represente hoy el 5% del mercado del café. Para que esto cambie, el diablo tendría que convertirse. Como lo conozco, les digo que eso está por verse.

### *Pequeña filosofía del pobre*

Por suerte, hay esperanza en los valores vehiculados por los pobres, los de abajo, los desheredados. Los campesinos y los desclasificados del mundo entero poseen una cultura diferente, que sale de los estereotipos occidentales y de los valores que encarnan las ciudades y la sociedad de consumo. No caben dentro de los casilleros de la sociedad moderna. Son pre-modernos de alguna manera, es decir originales. En cambio, los campesinos cuando van a occidente, se sienten mal. Tanta opulencia los incomoda. Se sienten mejor en un sistema rural, tradicional, más humano, más respetuoso de la gente, con menos anonimato. En las ciudades desarrolladas, se sienten como animales en un ambiente de carnaval, una especie de zoológico. “¿En qué mundo estamos?” se preguntan. Su respuesta más común: “¡Pero es un mundo totalmente falso!” Sobre todo si escuchan a sus habitantes decir “pero a los pobres hay que ayudarlos, mostrarles que otro mundo es posible, han de estar muy desdichados”, aunque vivan en armonía con la naturaleza. ”

Al mismo tiempo, paradójicamente, los explotados son quienes hicieron que la sociedad moderna fuera posible. El sector obrero se alimentó de sus campos. Y todo el sector productivo también. Sin embargo, la sociedad contemporánea teme a los campesinos, a los pobres y a los abandonados. Lo peor es que está consciente de la pobreza en los campos y suburbios. Sobre todo de que no deja de crecer. Pero hay un prejuicio negativo con respecto a toda esta gente a quien se le considera como vagos, mal vestidos, sin buenas maneras, quienes además hablan una lengua difícil de entender, un dialecto o un argot.

Sin embargo, durante siglos, la riqueza de la modernidad

salió de los pobres así como se le saca jugo a un limón. Por eso, a veces los campesinos son reacios a la idea de la modernidad. Desconfían, y con justa razón, de esta idea de progreso que nunca les toca. Y siempre son otros intermediarios los que aprovechan sus productos agrícolas por ejemplo, como las grandes redes de distribución o los agentes. Y los campesinos lo saben. Entonces preguntan a donde pasan las ganancias y buscan la manera de vender más caro de manera directa. Ya no quieren que se les explote desde arriba, desde las ciudades, desde el norte. Dependen de numerosos ciclos de producción: el tiempo, el “transcurrir de las cosas”. Y la modernidad no les lleva desarrollo, pero los mantiene en una especie de estado permanente de dependencia. Porque si un año es malo, pierden todo. Entonces, los pobres no ven lo que pueda tener de bueno el progreso. Los campesinos aman su tierra, sus productos, sus vacas, tienen una relación íntima con la naturaleza y el mundo que los rodea. Sin embargo, la sociedad se organizó para ofrecer productos agrícolas baratos a los habitantes de las ciudades para ofrecer seguridad alimenticia y que las fuerzas productivas funcionen. Hay que acabar con los subsidios y pagar el precio justo a los productores. En Europa, cada vaca gana dos veces más que un campesino mexicano o brasileño gracias a los subsidios! Este sistema se instauró para asegurarles a los obreros las materias primas al precio más bajo que se pueda y así garantizar la paz social. Desde la segunda guerra mundial, se desprecia a los campesinos y se les mantiene en una relación insoportable a más no poder. Sin embargo, los alimentos provienen del campo: por lo tanto los pequeños productores son indispensables para la sobrevivencia de las ciudades.

Además hay una presión de los productores de agrocombustibles que retienen una parte de las cosechas para llenar

los tanques de los coches. Lo que conduce a aberraciones. En 2009, México tuvo que importar maíz subsidiado del norte, proveniente de los Estados Unidos, cuando antes el país era exportador. Todo esto porque se encuentra en otros países productor más baratos... Pero a escala global es absurdo. Nadie se ha tomado el tiempo de calcular las consecuencias ecológicas, políticas y sociales de tales decisiones. Esto es el ilogismo de los mercados. Por eso no podemos confiar en la mano invisible que supuestamente regula los mercados. No funciona, es una utopía. Cuando menos hay una paradoja en el utilizar alimentos para los agro combustibles cuando millones de personas no tienen qué comer y que los productores nunca ven el beneficio de sus producciones. ¿O no?

### III. Otro Mundo Es Posible

*Oponerse es proponer*

La experiencia del 1968 me enseñó que protestar no tiene sentido si no hay una alternativa creíble, propuestas tangibles para remediar a los males del presente. El futuro no se construye con gritos en contra de todos los problemas del presente. Es por esto que desarrollé el lema, que es el de mi comunidad en México: “Seguimos protestando, pero al mismo tiempo seguimos proponiendo” El mercado alternativo, diferente al mercado convencional, es parte integral de este movimiento de protesta y propuesta.

En situaciones de crisis, hoy como siempre, una profunda reevaluación del funcionamiento de la economía no es sólo necesaria, es sobre todo urgente. Es indispensable preguntar: ¿qué economía social de los excluidos queremos? y ¿qué modelo de economía social no sólo ofrece sobrevivencia (aún amenazada) a millones de pobres, sino que articula igualmente una nueva economía? Les vuelvo a decir a todos, este principio nuevo existe, pero aun no se conoce. Sí, los pobres saben producir, sobrevivir, luchar y organizarse. Y su sabiduría es a veces más importante que la de los científicos de opereta. Sus capacidades son las mismas que las de los ricos. Pero a estos “*Bonsai people*”, como los llama Mohammed Yunus, les cuesta mucho trabajo salir

de la maceta en la cual se les ha mantenido para evitar que crecieran demasiado rápido.

A partir del momento en que la economía de mercado ha probado su incapacidad para resolver verdaderamente los problemas, es tiempo de disciplinarla. La que llamo con mis votos a que se desarrolle se basan en cinco postulados: la economía está al servicio de la gente y no al revés; el desarrollo se mide con los hombres y no con los objetos; el crecimiento y el desarrollo son dos cosas distintas, y el desarrollo, precisamente, no pasa necesariamente por el crecimiento; ningún proceso económico puede tener lugar al margen de lo que los ecosistemas proveen; la economía es un subconjunto de un sistema mayor finito y cerrado, que es la biosfera. Consecuentemente, el crecimiento infinito es una imposibilidad.

Ya es tiempo que el mundo reconozca los principios que hicieron que el microcrédito y el comercio justo sean exitosos. Voces hasta ahora inaudibles conquistaron un espacio para expresar ideas diferentes. Ahora se trata de escucharlas y actuar en consecuencia. Los intentos para encontrar puertas de salida existen, las hemos encontrado.

Forjé un modelo intrínsecamente solidario basado en una economía social, pero no he intentado imponer la solidaridad – menos aún la caridad en el corazón del sistema. Es al margen, el los sectores de la actividad de los excluidos que llegué a instaurar nuevos tipos de intercambio. Comprobé que los pobres, los excluidos no esperan soluciones hechas, que ellos mismos imaginan las soluciones a su futuro. Es únicamente bajo esta condición que los que hasta ahora se sentían abandonados por el mercado mundial pueden ser actores hoy y mañana.

Esta materialización concreta de la teoría del comercio equitativo sobrepasa ampliamente el marco en el cual se

creó. Nos reenvía la imagen del malestar de la sociedad de consumo occidental, de sus desviaciones, de esta creencia en un progreso científico que parecía ser iportador de un mundo mejor! Pone a los individuos frente a un materialismo económico desnudado de espiritualidad llevando a la sociedad hacia un repliegue a la vez individualista, sectario, ego gregario. Cuestiona el mundo entero sobre el fundamento mismo de las teorías económicas en curso y su evolución. Hace veinte años que el comercio justo desafía el sistema neoliberal e intenta reducir sus efectos a veces devastadores.

Un nuevo sistema, esencialmente social, que sería un espacio mercante nuevo consensado por todos los actores y que podría reducir la esclavitud económica, debe sustituir el sistema existente en el cual la utopía de los mercados impone la esclavitud a tanta gente. Es en este contexto que el comercio justo puede mostrar la vía de una reformulación de los sistemas económicos volviendo a darle un lugar central al hombre en la sociedad y en el desarrollo democrático y social. Puede modificar los términos del intercambio al mismo tiempo que comprueba que constituye un nuevo espacio económico viable para los productores y aceptable para los consumidores. En periodo de crisis, la desorganización de la economía mundial se muestra insoportable salvo para quienes supieron llevar la batuta. Los que no piden más solidaridad, pero han forjado las herramientas de otro mundo viable, en el cual la rentabilidad y la ganancia ya no son los únicos valores. No nos rebelamos en contra del mercado simplemente porque somos y queremos ser parte del mercado. Pero queremos un mercado diferente, humano, democrático y social. Tampoco nos rebelamos en contra de todas las multinacionales (sólo algunas), sencillamente porque intentamos insertarnos en el mercado con dignidad y respetando un mínimo de democra-

cia. No buscamos un chivo expiatorio: sólo queremos que el sistema actual y las leyes que lo rigen evolucionen.

### *Los objetivos del “social Business”*

Desde diferentes perspectivas, política, económica, cultural o social, desde inicios de los 80s el comercio justo ha mostrado éxito y durabilidad. Es algo real, concreto que se está ampliando de manera considerable. Hoy en efecto son más de un millón de familias que benefician del sistema Max Havelaar. Es con su determinación, inteligencia, creatividad que miles de personas salen adelante, no con la ayuda de los países occidentales. El comercio justo lo ha comprobado. No hay fatalidad de humillación, de miseria de los unos o de la rebelión social de los otros. Los desórdenes mundiales pueden resorberse.

El comercio justo ha comprobado que con una mejor organización de las relaciones entre los hombres, una nueva concepción del mundo era posible. Todos estos ciudadanos de la tierra que se reapropiaron de su porvenir son la prueba viviente. Así las comunidades del comercio justo hicieron posible que existiera por fin un enlace entre el costo social, el productor, el medio ambiente y el costo del producto. Porque es evidente que el mercado debe servir a las personas y al medio ambiente, no a la inversa. Por eso, fuimos a buscar aliados directamente entre los consumidores.

Saldremos de la crisis y del ambiente de desánimo por largo tiempo si adoptamos esta tercera vía y tratamos las causas profundas y no sólo los síntomas. No son utopías sino acciones realistas y durables que buscan la transformación

del sistema capitalista desde el interior para que el mundo sea mejor, más humano y más justo.

El mercado del comercio justo ya no es una evolución necesaria del capitalismo sino que es una solución urgente. Se le puede calificar de evolución revolucionaria o de post-capitalismo. Se cambian las reglas: costo social, costo ambiental, costos de producción, regeneración de la fuerza de trabajo, deben de ahora en adelante formar parte del precio de un producto o servicio. Este método se basa en la puesta en marcha de un sistema internacional. Para esto hay que abrir los mercados e involucrar al mayor número de afiliados posible.

### *Una corriente alternativa*

Conforme el comercio justo ascendía, numerosos movimientos altermundistas emergieron. Es posible tender puentes e intercambiar. Con la agonía del sistema capitalista y el aumento de la pobreza, la gente se da cada vez más cuenta de los desórdenes del sistema. Hay una compasión creciente por los males que afectan al planeta y a sus habitantes y así mucha gente se une a las organizaciones porque saben que no podrán actuar solos. Todos los desastres y guerras que suceden conmueven a numerosos ciudadanos quienes, por sentir tanto repudio que terminan pensando que no quieren de este mundo. Todo lo que los gobiernos se niegan a hacer para los seres humanos, las asociaciones, las altermundistas, las empresas responsables lo hacen: la colectividad promueve su propio antídoto.

Después de los años 80s, que fueron un verdadero fracaso desde este punto de vista, en los 90s se vio un regreso formi-

dable. A este respecto, Seattle fue un momento importante para la formación de una consciencia internacional. Génova también. Cada vez más personas han podido manifestar su irritación, su molestia contra los desequilibrios del mundo y las instituciones totalitarias que supuestamente los van a arreglar pero que de hecho los encarnan: Fondo Monetario Internacional, Organización mundial del comercio... Por mi parte, mi consciencia social nació de la guerra de Vietnam. Se me hacía absurda y esto me llevó a muchos cuestionamientos. Sucedió lo mismo desde la guerra de Irak a principio de los 90s, hasta la ocupación norteamericana en Afganistán, pasando por Abou Ghraib. De pronto, jóvenes y menos jóvenes, manifiestan su oposición a todo esto. La opinión pública europea se manifestó claramente en contra de la guerra en Irak. Todo esto favoreció la emergencia de corrientes diferentes pero que en el fondo manifiestan el mismo coraje. La emergencia del comercio justo como movimiento organizado también consolidó la idea que otros movimientos, ambientalistas, o a favor de los derechos humanos, podían reforzarse y existir. Todo esto acompañado por universitarios que son cada vez más numerosos en interesarse en el comercio justo. Ya son numerosas y de buena calidad las publicaciones universitarias sobre el tema, de la universidad de Bolonia a la de Lovaina, pasando por la facultad de Toronto, en donde un departamento se dedica al comercio justo. No es propaganda ya que los trabajos provienen de investigadores independientes. El mundo académico es un motor muy fuerte para la promoción y vigilancia crítica del comercio justo.

Pero es sobre todo la base la que ha impulsado el conjunto de los movimientos y ha favorecido su auge, para recuperar una democracia que las élites y los poderes fácticos habían robado. Todo esto creó una nueva plataforma fértil que busca

consolidarse con el tiempo. Pero surge también un efecto secundario: la represión de la expresión de una opinión crítica por parte de los estados plutocráticos deseosos de conservar el poder.

Esto va acompañado por un amplio movimiento que toma en consideración lo que está en juego a niveles medioambiental y social (Al Gore, Michael Moore, Yann Arthus-Bertrand, Nicolas Hulot entre otros). Estos voceros llaman a cambiar el mundo y sus reglas, y está muy bien. Pero entre Greenpeace y Gore hay una gran cantidad de asociaciones cuyos objetivos no convergen siempre. No obstante proponen cada vez más soluciones precisas et dejan poco a poco sus disfraces tipo espantapájaros que tan sólo alcanzaban alertar sobre los perjuicios que causa el capitalismo para actuar verdaderamente.

Para esto hay que movilizar las buenas voluntades alternativas en una corriente ciudadana. Creo que cada quien, consumidor, actor del comercio justo, debe realizar su tarea y jugar su papel, juntos podrán aliar el aporte del comercio justo con él de otras organizaciones, ya sean ambientalistas o sociales. Todos somos actores, consumidores o productores, por lo tanto ciudadanos que intervienen mediante todas sus acciones en la vida de la ciudad y del mercado. Greenpeace, IFOAM (International federation of Organic Agriculture Movements), el WWF (World Wide Fund), el comercio justo y el gran número de cooperativas que existen en el mundo deben crear puentes y hacer que pasen los mensajes. Somos aliados naturales. Pero son procesos muy lentos.

Mohammed Yunus, por ejemplo, hizo un trabajo fenomenal en Bangladesh y en otras partes. La Grameen bank y también Grameen telephone sirvieron en numerosos países, su modelo es un ejemplo. Pero no estoy de acuerdo con su visión del capitalismo social como finalidad: es un dulce sueño, una

utopía. Capitalismo y social se oponen. Es un oxímoron. El microcrédito es esencial en el campo, en los suburbios, pero ya existía antes de Yunus. El microcrédito es indisoluble del comercio justo, están muy ligados. Cuando, gracias al comercio justo, la gente sale de la miseria, puede pensar en realizar proyectos. Así hemos alentado a los campesinos a invertir la ganancia de la producción de café en un pequeño banco cooperativo, de cual ellos tienen el capital, y que presta a los miembros de la comunidad. Es el “banco de la Esperanza” y funciona bien. Tenemos una tasa predeterminada de sólo 2%. No obstante, el hecho que Mohamed Yunus haya desarrollado el concepto es importante. Hizo un trabajo considerable en uno de los países más pobres del mundo, porque muy pocas personas pueden obtener préstamos de los grandes bancos. Las pequeñas cantidades no les interesan. Sobre todo que la mayor parte de los solicitantes no necesitan cien mil euros, sino una pequeña cantidad para iniciar una tiendita, comprar lo necesario para crear su actividad. Sin embargo, el modelo de Yunus que descansa sobre fondos que provienen del exterior, y esencialmente de occidente, tiene límites. Conforme crece su banco, surgen las cuestiones del control, de la transparencia, de la responsabilidad con respecto a los fondos distribuidos, pero también de su capilaridad con el terreno del cual se aleja.

A pesar de todos los frenos, tenemos que trabajar con todos los que toman en cuenta de una manera u otra a la humanidad, la felicidad y la condición humana. Todos, hasta los sindicatos de trabajadores, aunque estén sometidos al sistema neoliberal, debemos estar prevenidos frente a un elitismo *ecolobobo* y reunir todos los tipos de organizaciones provenientes del mundo entero. Los radicales no lograron nada solos. Hay que ser ecuménico a pesar de las opiniones

diferentes. ¡Primero veamos lo que nos une, luego veremos lo que nos divide!

### *Una Internet más limpia*

Las nuevas tecnologías permiten intercambios que eran imposibles hace apenas diez años. La información circula automáticamente gracias a Internet y a los teléfonos celulares. Los sucesos de Irán son un buen ejemplo. Por su parte, los altermundistas supieron perfectamente utilizar estos nuevos medios de comunicación que se pueden transformar en herramienta de presión contra gobiernos y multinacionales. Atacan los canales oficiales mayoritarios de comunicación que reducen los ciudadanos a “nada o casi nada”. Hoy no existe aún una amplia plataforma eco-social en Internet. Sería un gran paso hacia delante poder aglutinar todas las fuerzas y propuestas alternativas en una plataforma que crearía un lugar amplio de expresión, de democracia, y a la vez algo constructivo.

El impacto de las nuevas tecnologías tiene un efecto redimensionado en los llamados países en vía de desarrollo con respecto a los países del norte, debido a la mala calidad de las infraestructuras de telecomunicación existentes. Lo muestran varios estudios. Por ejemplo, el auge de la tecnología digital permite que los mercados agrícolas del sur sean más eficaces. Campesinos que antes estaban aislados pueden enterarse de la variación de los precios, acercarse a los compradores, reducir costos de transacciones y vender sus productos más caros. Por ejemplo, en el Kerala (estado ubicado al suroeste de la península india) el acceso a la telefonía celular permitió un incremento del 8% de los ingresos de los pescadores. En

México, como en otras partes, los beneficios del comercio justo les han permitido a las comunidades organizadas, adquirir computadoras y tener acceso a Internet. Así, pudieron tener una idea más clara de los vaivenes en diferentes mercados de lo que producían y saber en donde se ubican sus competidores. En ciertos casos como en el estado de Madhya Pradesh, en la India, el ingreso de los campesinos incrementó en un 33% de esta manera. El aprendizaje, la educación a distancia posible gracias a las tecnologías también mejoró la experiencia de los campesinos, así como sus conocimientos: meteorología, formación, información, venta y comprar directa...El desarrollo del acceso al Internet en las poblaciones más desfavorecidas es una condición para su sobrevivencia. Es la prueba de que las nuevas tecnologías pueden aportar mucho a los desheredados. Pero si bien el acceso a la telefonía celular es fácil, como en Haití –en donde de los nueve millones de habitantes, más de tres millones tenían un celular en el momento en que ocurrió el último seísmo- no es necesariamente el caso para Internet.

Facilitar el acceso a las computadoras y capacitar a los más pobres para que las utilicen es una condición *sine qua non* de su emancipación. Internet alta velocidad en las zonas rurales puede ser una solución, como lo es en el sur de Haití, gracias a los beneficios del comercio justo. Pero hay que encontrar un modelo de desarrollo sustentable para promover la difusión de nuevas tecnologías en todas las partes más pobres del mundo. Para colmo, los materiales que entran en los componentes electrónicos muchas veces ~~se~~ provienen de estos países.

### *Hay que creerlo para verlo*

El capitalismo descansa en una fe ciega de sus seguidores en el sistema a la manera de Francis Fukuyama. A la inversa, es pues nuestro deber creer que se puede cambiar las reglas del capitalismo para hacer que la sociedad sea más justa y más equitativa. Sobre todo que las crisis son impulsos increíbles que permiten que más personas se den cuenta del mal funcionamiento del mundo, y así nuevas maneras de actuar salgan a la luz.

No creo sin embargo en la existencia de modelos unilaterales. Refuto el desmienta único. Se tiene que cuestionar constantemente. Las tradiciones vernáculas obligan a los habitantes de cada país a encontrar su propia vía, una vía que no necesariamente es exportable. Así vimos en Bolivia luego de la primera elección de Evo Morales, un campesino indígena, líder de organizaciones rurales y del Movimiento por el Socialismo en 2005, que otro mundo era posible. Pero lo que sucedió en Bolivia, uno de los países más pobres de América latina, cuyos habitantes son en mayoría indígenas, no se puede aplicar en otra parte. Por el contrario, el movimiento proveniente del pueblo puede dar un ejemplo y comprobar a todos los demás que pueden tomar iniciativas.

En Bolivia, la ley no tomaba en cuenta los intereses de los campesinos ni los de los pobres, y el estado había entregado todos los recursos naturales y mineros a multinacionales. Los beneficios nunca se distribuían a la población. Bajo los auspicios de Evo Morales los campesinos tuvieron una reacción no violenta, tomaron el país mediante el voto para cambiar el sistema. Morales no es un radical, no nacionalizó todo de manera violenta, como lo hicieron los iraníes, o los zimbabuenses al correr a las multinacionales, buscó mejores

acuerdos, que permitieran un mejor reparto de los beneficios de la explotación del petróleo y del gas, a favor de los bolivianos los más desposeídos. Todo esto aconteció en una relativa serenidad y los cambios se pudieron dar sin choques, sin muertos. Morales no tenía un enfoque *top-down*, sino una visión muy democrática. En 2006 organizó un referéndum para ver si la población aprobaba las medidas que quería tomar en su nombre. Lo que sucedió en Bolivia desde hace cinco años y que sigue sucediendo es el arquetipo de la revolución silenciosa a la que llamo, desde mi punto de vista, fruto de un largo proceso.

Morales reformó la constitución para que la democracia sea mayor y provenga, como debe ser, del pueblo, de abajo. Al mismo tiempo nacionalizó el subsuelo y cierto número de bienes indispensables a la sobrevivencia del país. De hecho, el país entero y el estado benefician de nuevos medios para implementar políticas más justas y más equitativas. Bajo su presidencia, un cuarto poder ha sido instituido, el de controlar el funcionamiento de la democracia y de los tres poderes: el ejecutivo, legislativo y judicial. En un país acostumbrado a dictaduras, es un gran paso hacia la democracia real. Además, las preocupaciones ecológicas de Morales son muy fuertes.

Paralelamente, Morales camina junto con Hugo Chávez en Venezuela, quien, contrariamente a la imagen que se le atribuye en el extranjero, ha impuesto un modelo relativamente cercano al del presidente boliviano. Chávez también cambió la constitución, socializó ciertas materias primas, devolvió las tierras a los campesinos y colectivizó ciertas industrias. Y por eso, porque afecta ciertos intereses norteamericanos, se le señala como un revolucionario peligroso. Siempre es el mismo refrán: cuando uno quiere matar a su perro, se dice que tiene rabia.

La no violencia frente a una sociedad ultra capitalista extremadamente violenta me parece buena estrategia. Levantar las masas es aún más violento moralmente y eficaz políticamente que un enfrentamiento con el riesgo de una represión con sangre. Es la herencia de Gandhi y del movimiento de independencia de la India. Mandela en sus memorias explica que al principio el ANC (Congreso Nacional Africano) estaba a favor de un acto violento, pero que después de veinte y siete años en prisión se había dado cuenta que no era una buena solución. Además pudimos ver que la transición post-apartheid, que mucho temían, se dio sin violencia, de manera muy democrática.

#### *La felicidad nacional bruta*

Tenemos que volver a pensar el mundo, darle nuevas bases al sistema económico, darle nuevo formato a las matrices tomando en cuenta partes enteras de la humanidad que estaba abandonada. ¿Podríamos reemplazar la noción de creación de riquezas por otra, más amplia? Bután, por ejemplo, un pequeño reino del Himalaya, inscribió en su constitución la FNB (Felicidad Nacional Bruta). Sustituye el producto nacional bruto, utilizado en todos los países del mundo, para medir la riqueza de sus habitantes. Mientras el PNB es una idea racional, puramente contable, la búsqueda de la felicidad no es un concepto absurdo. Los butaneses que no quieren ser reducidos a números que expresan un crecimiento o desarrollo económico, basan este índice en muchos otros elementos: la preservación del medio ambiente, la conservación de la cultura local, la gobernanza responsable. La FNB por ejemplo condujo a Bután a prohi-

bir la comercialización del tabaco en su territorio debido a su costo social prohibitivo. Esta idea interesante acerca de una nueva manera de plantear la idea misma de prosperidad está haciendo su camino poco a poco en el plano internacional. Habría que desarrollarla. En 2005, participé en Canadá a un encuentro internacional a este respecto con el rey de Bután. Está claro que la experiencia del comercio justo va en este sentido. Medir de manera más holística el desarrollo humano implicaría que los gobiernos tuviesen que darle una importancia igual al crecimiento económico y al desarrollo sustentable. Pero por esto es necesario renunciar deliberadamente a las ganancias económicas a corto plazo, relativas por ejemplo a la sobreexplotación de las materias primas y a explorar vías más durables y más justas de crecimiento. Como en el comercio justo, la idea de FNB implica un enfoque más humanista de los problemas.

### *Una regulación mundial desde abajo*

Es el gran desastre de Copenhague: hace falta voluntad política, la ONU es la institución internacional que debería encargarse de todo esto, pero ni el norte ni las empresas multinacionales lo quieren. Cuando hay decisiones que no les parecen a los países del norte o a Europa, dejan de pagar sus cuotas; no quieren que la organización crezca, tenga poderes y dinero. Pero es la única solución. Al principio, la ONU iba a ser una institución con la capacidad de evitar guerras y conflictos. Los países poderosos no le dieron el poder político de existir, es el gran problema de la ONU: es el único mecanismo internacional en el cual todos los países deberían estar por igual. Se le redujo a un corpus de

deliberaciones, de búsqueda de consenso, sin la posibilidad de imponer soluciones viables.

La cuestión del medio ambiente tiene múltiples ramificaciones. Los activistas optan por dos direcciones: la *deep ecology* que considera que hay que mantener zonas vírgenes prohibidas al hombre, y por otro lado un movimiento más responsable que se pregunta cómo el hombre puede cohabitar razonablemente con la naturaleza, los socio-ecologistas. Estos últimos analizaron las causas del calentamiento climático, que es por cierto la explotación de los recursos naturales. Están preocupados por la seguridad alimenticia y cuestionaron muy rápidamente el modelo de desarrollo occidental. Tienen mucho peso en el Foro Social.

Creo que lo que sucedió en Copenhague en las calles, es la frustración, con gritos muy razonados, de un llamado a la necesidad de cambio de fondo del modelo económico, de cuestionamiento del mercado y del neoliberalismo. Los ciudadanos del mundo entero hacen propuestas muy constructivas a los gobiernos. Estos no los escuchan. Sobre todo hay una incapacidad total por parte de los estados para tomar decisiones no obstante inmediatamente imperiosas.

Las organizaciones populares deben ser una fuerza propositiva aún más concreta. Esto implica que la sociedad civil forme parte de las deliberaciones en las grandes cumbres. Es uno de los puntos clave para que las cosas cambien. Las cumbres no pueden ser cumbres políticas: los activistas sociales deben participar en un futuro Copenhague, en México o en otra parte. Sobre todo que proponen experiencias, formas de salir del modelo como la agricultura orgánica, el comercio justo... hay toneladas de experiencias constructivas. Si existen al margen del sistema, ¿por qué no podría reconocerlas el sistema? Está a su ventaja. Hay que tomar estas fuerzas en serio.

A veces representan intereses contradictorios de la sociedad.

El hombre y la naturaleza deben aprender a vivir juntos. La industrialización de un valle tiene efectos a cientos de kilómetros en los bosques. No obstante, los adeptos de la *deep ecology* son radicales que no toman en cuenta el hecho que muchas veces los habitantes de las zonas boscosas permiten la sobrevivencia de la biodiversidad porque conocen su tierra, que es suya y que consecuentemente la cuidan. Sacar a las poblaciones de estas regiones sería un error. En la naturaleza en estado salvaje, los leones y los elefantes vivían bien juntos... Creo que los hombres y la naturaleza pueden cohabitar. El hombre puede ser un buen regulador, mantener un equilibrio en las zonas en las cuales habita. Él también tiene derecho a sobrevivir. El hombre no tiene menos derechos que los animales. Ambos tienen derechos pero no más los unos que los otros. Hay que encontrar un equilibrio, en el respeto a nuestra Tierra Madre como dicen aquí los mexicanos. No estamos en el mito del "buen salvaje", no se trata de romanticismo, sino de la búsqueda de un modelo de coexistencia pacífica, de respeto y de beneficio mutuo.

Paralelamente, hay intensas reflexiones para saber cómo se puede reducir la contaminación. Porque tenemos derecho a respirar y que en todas partes en el mundo, de Shangai a Nueva York, el número de coches y los embotellamientos llegaron a ser sofocantes e insoportables. No podemos, por una parte hacer llamados para la protección de los bancos de hielo y por otra parte desarrollar megapolis contaminantes y sobrepobladas, que escaparían a toda regla. El estado debe intervenir para crear transportes públicos que no contaminen, metros, autobuses, para controlar el exceso de automóviles, y al mismo tiempo fomentar la producción de vehículos eléctricos, no contaminantes.

Para que esto funcione, la regulación mundial debe venir desde abajo. La movilización no debe debilitarse. Mientras más se manifieste la opinión pública y se movilice en foros ecológicos y sociales, más los gobiernos tomarán en cuenta sus preocupaciones. Esto puede llevar años, pero es la única solución. Manifestar, proponer y concretamente imaginar soluciones precisas con proposiciones y agendas realistas. Hoy no veo otras soluciones.

Al principio en estos movimientos, había extremistas tanto de izquierda como de derecha, maoístas y fascistas. Hoy hay más consenso, notablemente en los planos social y ético. Pero en el plano internacional, no hay movimiento ecologista unificado suficientemente fuerte para imponer su visión. Entre Kioto, Montreal y Copenhague, pasaron quince años. Entonces, con educación el mensaje pasa pero aún no es suficiente. Los niños están conscientes del medio ambiente, lo van a explicar a sus padres pero esto tomará una generación para que el mensaje realmente se difunda y los comportamientos cambien verdaderamente.

## *Conclusión*

### *Soñé con otro mundo*

**L**a economía social existe, la encontré. Es tiempo de que se la reconozca de manera oficial y que el gran público también la reconozca como alternativa que desafía la economía dominante. Sí, un mundo más solidario es posible, apoyado por una ética del bien común que cuide del planeta tierra y de la humanidad entera. Nadie tiene derecho a apropiarse lo que les pertenece a todos. Esto implica una utilización responsable y durable de los recursos naturales. Esto impone también mejorar la lógica de explotación de la naturaleza y reforzar la relación que une la suerte de los hombres y a la del planeta que habitan. Es lo que numerosas experiencias de la economía social empezaron a hacer con éxito, sobre todo las que se inscriben en el marco del comercio justo. Se desarrollaron según los principios de una agricultura orgánica y de un reparto más justo de las riquezas.

La ideología que guía la economía social y solidaria consiste en darle a la economía el lugar que se merece en la sociedad. Hasta ahora, ha prevalecido por todas partes y ha estructurado por sí sola las opciones de la humanidad. Es tiempo de devolverle al hombre su humanidad y a la tierra su convivialidad. Un ser humano vale más que unos cuantos euros que pueda tener en su cartera o en alguna caja de ahorro.

La verdad única no existe, hay muchas maneras de llegar a un mundo mejor. Tenemos que intentar por todas las rutas, todas las pistas, no podemos descuidar ninguna. El capitalismo, por su parte, es un monstruo de pensamiento único que no tolera ninguna corrección, ninguna crítica. En el neoliberalismo, ni tan siquiera se plantea corregir errores, reconocer excesos, hay una sola vía, la del mercado. Conviene entonces no confiar en los falsos pretextos de la “responsabilidad social y ambiental” que de repente descubren las multinacionales. Sólo es un velo lanzado en el rostro del mundo. De este modo, las grandes empresas intentan convencernos de que siguen un nuevo camino, cuando en realidad sólo se dan una nueva imagen, virginal, sin cambiar a fondo nada y así exonerándose de toda responsabilidad social en cuanto a sus actos pasados, presentes o futuros.

En realidad, todo está ligado, el comercio justo, el medio ambiente, lo social, lo económico, lo político o también el microcrédito. Negarlo es negar la vida, la humanidad misma, en su esencia. Para todos los actores del comercio justo, el medio ambiente es un dato básico. Tuvimos esta intuición hace más de veinte años, con cierto número de asociados de lo que es hoy un mercado, notablemente de pequeños productores. No podemos producir algo que garantice un pago justo al campesino pero deteriore el medio a largo plazo. Y la inversa es igualmente verdadera.

Al desarrollar el comercio justo atacamos las injusticias sociales pero también la problemática de la sobrevivencia en el planeta. Todo está interconectado. Es el capitalismo salvaje que causó todas estas contaminaciones, de la tierra y de los hombres. Proponemos maneras de resolver una parte de los males que nos afectan. Porque la responsabilidad de las próximas generaciones está comprometida. El movimiento

viene desde abajo. Aún es insuficiente, pero avanza. Son los campesinos pobres, los pequeños productores quienes se organizaron para cambiarlo todo, porque el modelo que el ultraliberalismo intentaba imponerles desde arriba no les convenía. Con ellos creamos un nuevo mercado al posibilitar el encuentro con consumidores que compartían las mismas ideas.

Los gobiernos no cambiarán sus políticas de buena gana. Hay que obligarlos, mi experiencia lo ha comprobado, trazando la vía y dando el ejemplo. Cuando cien mil personas piden algo en la calle, tienen más peso que individuos aislados. Los consumidores también pueden hacer que se escuche su voz, como lo ha comprobado el éxito de Max Havelaar en todo el mundo.

Creo en la necesidad de proponer, discutir y continuar a impulsar un movimiento de abajo hacia arriba. Los productores deben hacerlo, los consumidores también, como todos los que los desequilibrios del mercado indignan, pero es conveniente hacerlo de manera organizada. Es con esta única condición que lograremos que nos escuchen. Y cuando la economía tome el rumbo correcto, lo demás seguirá.



Esta obra se terminó de imprimir e el  
mes de octubre del 2011 en los talleres de  
*Optime Impresos*. Costa de 1000 ejemplares.